

PASTORALIA

REVISTA DE PASTORAL Nº67

OURENSE - NOVIEMBRE 2021

ADVIENTO 2021

Un niño nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado (Is 9,5)



DIOCESE
DE OURENSE

PASTORALIA

*Diócesis de Ourense
Vicaría para la Pastoral*

PRESENTACIÓN

Acoger al Dios hecho hombre para levantarse y caminar

El nacimiento de un niño es la alegría más grande en la vida de una familia. Este acontecimiento extraordinario cambia la vida, pone en movimiento energías impensadas, hace superar fatigas, puesto que produce una gran felicidad que permite superar cosas que, en otras circunstancias, no se afrontarían.

Así debe ser la Navidad en nuestra vida. La novedad de Dios, hecho niño, si nos preparamos bien en el Adviento y le acogemos, nos permite renacer y hacer vida lo que nos hemos propuesto como lema para este curso pastoral *Levantaos, no temáis* (Mt 17,7). Sí, con el anhelo de que la Covid-19 vaya dejando paso a la normalidad, soñemos juntos el sueño de Dios. Dejemos que el misterio de la Navidad nos ayude a afrontar y vencer el cansancio pandémico que nos atemoriza y dificulta el ponernos de nuevo en camino.

En este tiempo de alegría, todos estamos llamados a contemplar al Niño Jesús, que devuelve la esperanza a cada hombre sobre la faz de la tierra. Con su gracia, demos voz y cuerpo a esta esperanza, testimoniando la solidaridad y la paz. Salgamos de nuestras inercias y rutinas y caminemos juntos promoviendo la comunión, participación y misión como nos pide el Sínodo de los Obispos que estamos viviendo. Dios viene a unirnos, a convocarnos al encuentro sin que nadie quede excluido. Este Dios-niño plantó su tienda en las periferias, en una cueva donde los pastores cobijaban sus rebaños, y ellos, que velaban al raso, fueron los primeros, después de María y José, en contemplarlo. Él atrajo hacia sí, de lejanas tierras, a los Magos y la salvación brilló para toda la humanidad. Es hora de levantarse y salir, de encontrarnos con este Dios que viene a nuestro encuentro y quiere encontrar posada en cada corazón para soñar juntos una Iglesia que vive en fraternidad, comunión y misión.

Dios se acerca para caminar a nuestro lado y mostrarnos el camino, él es el Camino. Así nosotros, de modo especial en este tiempo, somos invitados a acercarnos a los hermanos, acogerlos y acompañarlos para que descubran el amor de Dios hecho hombre en el Niño de Belén. Un Dios que no hace acepción de personas pero tiene predilección por los que se encuentran en las periferias, nos invita a levantarnos para ver lo que ha sucedido y, desde lo visto y oído, invitar a otros a ir a su encuentro: *vamos a Belén*.

Pastoralia, en este año, quiere invitarnos a mirar al misterio de la Navidad para encontrarnos con el Dios de la vida y reavivar las esperanzas adormecidas, para llenar de alegría los corazones y así, superando la tentación de la queja y la negatividad, caminar con gozo acogiendo y haciendo vida las conclusiones de nuestro Sínodo recién concluido en su fase de reflexión. Cada sección y colaboración de este número nos ayudarán a reflexionar para convertir en vida las propuestas de la Programación Diocesana de Pastoral de este curso 2021-2022. Una invitación a sentir con fuerza la llamada a la conversión personal y pastoral para abrir las puertas del corazón y de nuestras iglesias y acoger a tantos que abandonaron la participación presencial en la parroquia y ayudarles a reencontrarse con el Dios que nace para Salvarnos.

- 6 Se abre este número con las palabras del **Sr. Obispo** que, en el marco de la sinodalidad que vivimos tras la clausura de nuestro Sínodo Diocesano y los trabajos de la fase Diocesana del Sínodo de los Obispos, nos recuerda que *este tiempo litúrgico Adviento-Navidad-Epifanía quiere convertirse, para cada uno de nosotros, en un trípode en el que se sustente el verdadero proceso de conversión personal, como tarea imprescindible de toda conversión pastoral.*

En el **Pórtico**, desde la reflexión bíblico-teológica se nos ayuda a profundizar en los lemas que motivan nuestro camino pastoral:

- 8 **D. Xosé Xulio Rodríguez Fernández** nos ayuda a profundizar en el lema del trienio pastoral 2021-2024 que, partiendo del final del pasaje de Emaús (Lc 24,33) nos invita a levantarnos, tras el impacto de la covid-19 “volver a Jerusalén”, retomar la vida de comunidad y la misión.
- 10 **D. Julio Grande Seara** ilumina con su reflexión el lema del curso pastoral 2021-2022, tomado del pasaje de la Transfiguración del Señor (Mt 17,7), que nos invita a vencer el miedo y volver al camino, fortalecidos por el encuentro con la gloria de Dios.
- 12 **D. Álvaro Fernández Fidalgo** nos explica con su colaboración, con gran profundidad, el lema de este Adviento-Navidad: “un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado” (IS 9,5).

En la **sección de Adviento y Navidad**, se nos invita a profundizar de modo especial en el ciclo de Navidad y Epifanía, con las colaboraciones de:

- 14 Nuestro Obispo, **D. Leonardo Lemos Montanet**, nos obsequia una profunda reflexión bajo el título *El misterio de un Dios que se hace hombre*, que nos invita a descubrir como la luz de la Pascua nos guía a la Navidad, fiesta de la luz, y ambas a la manifestación de la luz al mundo. Aquí encontraremos unas propuestas pastorales sencillas que nos pueden ayudar a vivir este misterio en nuestra vida personal y en nuestras comunidades.
- 17 **D. José Manuel Salgado Pérez** nos ofrece unas claves para un Adviento cristiano en tiempos de secularización, invitándonos a profundizar en la vigilancia, la oración, la sencillez y la moderación y el trabajo para ir a lo esencial de este tiempo litúrgico y no perdernos en medio de los reclamos del consumismo que la sociedad promueve.
- 19 **D. Ramiro González Cougil** en su aportación, *La Natividad del Señor, su manifestación al mundo*, ofrece una interesante y luminosa reflexión para profundizar en el misterio de la Navidad y Epifanía a la luz de la historia y la liturgia.

22 **D. José Pérez Domínguez** nos ayuda a adentrarnos en el origen y significado de los símbolos del tiempo de Adviento, Navidad y Epifanía: la corona de Adviento, el abeto o árbol de Navidad, el Belén y la estrella. Y, recordando su etapa de Vicario de Pastoral, nos ofrece indicaciones interesantes para utilizarlos en nuestras familias y comunidades cristianas parroquiales.

24 **D. José Manuel Villar Suárez, CM.** nos acerca al contenido de las oraciones del tiempo de Navidad y Epifanía para ayudarnos a caer en la cuenta de la liturgia de este tiempo.

La **sección de Pastoral** ofrece aportaciones para vivir, celebrar y acompañar diferentes momentos de este curso.

26 **D. Jorge Juan Pérez Gallego**, sirviéndose de la reflexión de los papas, nos acerca a la figura de san José, para vivir el final de este año dedicado a él por el papa Francisco, evitando todo consumismo espiritualista.

28 **D. Xosé Manuel Domínguez Prieto**, en este año de la familia, propone una acción pastoral que promueva que la familia sea una comunidad según el Evangelio, siguiendo las aportaciones de la Exhortación *Amoris Laetitia*, con motivo del quinto año de su publicación. Un aliento para una pastoral familiar renovada y renovadora.

30 **D. David Muñoz Quintáns y D. Francisco López Gómez**, de la Delegación de Juventud y para la Universidad, invitan a toda la comunidad diocesana a abrir las puertas de nuestra Iglesia a los jóvenes y caminar con ellos para vivir dos grandes acontecimientos que se celebrarán cerca de nosotros: la PEJ, en Santiago de Compostela el próximo verano, y la JMJ de Lisboa en el año 2023.

32 **D. Manuel Rodicio Pozo**, a partir de la experiencia de la covid-19 y la aportación de *≠CatequeseComenzanaCasa*, a la luz del Directorio General de Catequesis nos muestra el valor que tuvo esta iniciativa, pero a la vez su insuficiencia y la necesidad de volver a lo presencial porque la catequesis, comenzando en casa, continúa en la comunidad parroquial. Esto reclama implicación y creatividad, sobre todo en el mundo rural, promoviendo catequesis interparroquiales.

En la última **sección, Sínodo Diocesano, Sínodo universal**, contamos con tres interesantes colaboraciones.

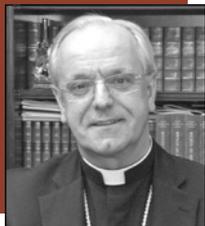
34 **D. Néstor Álvarez Rodríguez** nos ofrece una crónica de la etapa final del Sínodo Diocesano que llegó a su clausura después de afrontar las dificultades provocadas por la pandemia de la covid-19.

36 **D. Luis Rodríguez Álvarez**, bajo el título *La etiqueta sinodal de la Iglesia*, nos previene contra el riesgo de abusar del término sinodalidad en lugar de convertirla en un estilo de vida en la Iglesia.

38 **D. Álvaro Fernández Fidalgo** presenta el Sínodo de los Obispos bajo el lema *Por una Iglesia sinodal: Comunión, participación, misión* y nos convoca a participar en esta propuesta del papa Francisco.

Agradecemos el esfuerzo de todos ellos y deseamos que este nuevo número de *Pastoralia* sea un acicate para ponernos en camino, con ilusiones renovadas, en esta nueva etapa pastoral.

Un tiempo litúrgico vivido desde la sinodalidad



J. Leonardo Lemos Montanet, Bispo de Ourense

La revista *Pastoralia* llega a nuestras manos en estos momentos en los que apenas han transcurrido unos días de la clausura de nuestro Sínodo Diocesano, el pasado 13 de noviembre, y del inicio de las reflexiones, en su fase diocesana, para el Sínodo de los Obispos de 2023, al que hemos sido invitados por el papa Francisco. Sea como fuere, esta situación eclesial, desde la perspectiva de la sinodalidad que es el camino de la Iglesia para el tercer milenio, quiere invitarnos a que acojamos el conjunto de los artículos que se nos ofrecen en este número desde esta antigua, y a la vez nueva clave eclesial. Sé que puedo correr el riesgo de repetirme mucho y de insistir en la misma realidad provocando lo contrario a lo que en realidad se persigue; sin embargo, al releer la Santa Escritura me encontré con un texto que me ha dado mucha paz: *Lleva una vida distinta de todos los demás y va por caminos diferentes* (Sab 2, 15). Insistir en esta realidad, en comunión con Pedro, forma parte de mi ministerio y debe marcar mi camino y forma de actuar; esto quiere decir que debemos insistir y luchar mucho *Por una Iglesia sinodal, de comunión, participación y abierta a la misión*. Y lo hacemos con el convencimiento de que éste es el camino de la Iglesia, un camino que tenemos que hacer juntos y unidos, ya que éste es el deseo del Maestro, y es condición previa para que el mundo crea: *Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea* (Jn 17, 21). La sinodalidad se ha convertido en un “lugar teológico” que bien vivido nos convierte en testigos vivos de Jesucristo.

Al reflexionar sobre nuestra propia existencia nos damos cuenta de que ésta se encuentra distendida en el tiempo, entre la historia que pasa y la eternidad. Este proceso nunca lo realizamos solos sino que nos guste o no, en esta dinámica de nuestra historicidad, en la que *nos sentimos arrojados* e inmersos, caminamos juntos y unidos. Este proceso se apoya en el hecho de que los acontecimientos de la vida de Cristo, que celebramos en los misterios del Adviento, Navidad y Epifanía, son históricos, pero su contenido es eterno. Podemos afirmar que la acción de Dios, realizada en Cristo y dinamizada por la fuerza del Espíritu, no permanece anclada en una fría y desnuda historicidad, sino que tiene en sí misma un dinamismo que conduce a la Iglesia, y en ella a todos sus hijos, a la eternidad.

Como creyentes, para los que el tiempo tiene sabor de eternidad, nos encontramos situados en el Adviento, que supone, de algún modo, esta situación que define nuestra propia vida. Siempre estamos esperando. Como personas *instaladas* en el “hoy” construimos, con nuestra libertad y auxiliados por la gracias del Señor, una expectativa nueva: un futuro; pero siempre lo hacemos condicionados por nuestro pasado que ya no es nuestro, sino que lo acogemos al Buen Dios que muestra su poder con la misericordia y el perdón. En esa certeza se apoya nuestra esperanza de futuro. No arrastramos un lastre que nos impide *caminar hacia la meta*. La celebración anual del nacimiento del “Dios con nosotros” abre la existencia humana a un sentido nuevo, porque el ciclo litúrgico cristiano no nos aherroja a la noria de un eterno retorno, ya vivido en años anteriores aunque con matices peculiares y que nos disponemos a celebrar de nuevo; nada de eso, el tiempo litúrgico nos abre a una dimensión de eternidad que encerrada en la frágil condición humana se convierte en un grito de renovada esperanza: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado* (Is 9,5). La profecía de Isaías recorre con su fuerza todo el Antiguo Testamento y se hace perenne novedad en el Nuevo. El espíritu humano es siempre como ese niño recién nacido que cotidianamente siente la invitación que le ofrece la Palabra: *Levantaos: no temáis* (Mt 17,7). De ahí que el Adviento de cada Año Litúrgico esté marcado por el don de la Palabra que se hace carne en nuestra historia personal y nos abre a la conversión, a la renovación de la mente y del corazón. Es una llamada a lanzarnos sin miedo parar dejar que la gracia del Señor construya en nosotros una criatura nueva.

Inmersos en una sociedad pagada de sí misma, narcotizada por las modas de las ideologías efímeras, por un secularismo agresivo y aplastada por ese neopaganismo que le quiere achatar por todas partes, el

creyente en el Dios que se nos da como un niño recién nacido sabe que tiene en sí las fuerzas necesarias para reaccionar. Pero también sabe que solo no puede nada o, muy poco, necesita sentir que en este proceso de apertura a la realidad y de lucha para no dejarse “mundanizar” por ella, abrirse a los otros es una tarea imprescindible. Por eso, si Adviento es espera, Navidad es Familia y la Epifanía es la manifestación del Dios que se hace carne en la historia de la humanidad. Sólo en el ámbito de la familia descubrimos la importancia que tiene el nosotros y, por ende, la apertura a la comunidad: parroquia, diócesis, Iglesia universal. Y esto tenemos que hacerlo siendo conscientes de que ésta es nuestra misión *para que el mundo crea* (cf. Jn 17,21). Una misión que gracias a la teología del Año Litúrgico descubrimos cómo Cristo mismo se hace presente en su Iglesia y, al mismo tiempo, nos ayuda a descubrir como el tiempo de Adviento se convierte en *la ocasión particular para profundizar nuestra fe, para abrir nuestros corazones a las necesidades de los otros y para vivir mejor nuestra vocación cristiana*¹.

En esta etapa postsinodal es conveniente que, sintiéndonos familia, nos esforcemos por construir todos juntos - sinodalmente - una nueva tarea catequética que pasa, necesariamente, por la recuperación de un Catecumenado a todos los niveles. Es imprescindible renovar el recorrido de una fe que se nos ha concedido, como puro don, en el seno de un ambiente que sociológicamente se consideraba cristiano, pero que en la actualidad ya no lo es, aunque caigamos en la tentación de pensar que el barniz superficial de cristianismo que adorna nuestro entramado social tan solo enmascara un estilo de neopaganismo envuelto en un sucedáneo de cristianismo caduco.

Este tiempo litúrgico: Adviento-Navidad-Epifanía quiere convertirse, para cada uno de nosotros, en un trípode en el que se sustente el verdadero proceso de conversión personal, como tarea imprescindible de toda conversión pastoral. Litúrgicamente el tiempo de Adviento y el tiempo de Navidad-Epifanía son complementarios. Si los tratamos por separado es para resaltar sus características peculiares. No podemos olvidar que durante los primeros siglos del cristianismo la Iglesia no sintió la necesidad de celebrar el misterio del nacimiento de Jesús, ya que su centro de atención giraba en torno a la Pascua. Fueron los cristianos de Oriente los primeros en celebrar la manifestación a los hombres del Dios hecho hombre que se celebró el seis de enero y en ese día se conmemora la “manifestación” terrena de Cristo, de ahí el nombre de Epifanía. A partir del siglo IV esta fiesta fue adquiriendo otras connotaciones. Fue a mediados del siglo IV cuando comenzaron a distinguirse la Navidad de la Epifanía.

Sea cual fuese el origen de estas fiestas litúrgicas, lo cierto es que, para nosotros, en este año 2021, después de haber vivido y de seguir, todavía, bajo las secuelas de una terrible pandemia, teniendo delante el camino sinodal que hemos recorrido hasta el momento y, ahora, la invitación del papa Francisco a que participemos en el Sínodo ordinario de los Obispos 2023, son una ocasión extraordinaria, dentro de la cotidianidad de nuestra vida, para llevar a cabo esa nueva tarea evangelizadora. Urge una vuelta al Misterio² -afirmaba Mons. Romero Pose-, sólo así seremos capaces de convertirnos en testigos de la gloria de Dios y, para recorrer este camino la celebración de los misterios de Navidad-Epifanía, con la preparación previa de las semanas de Adviento, nos ayudarán a hacer realidad en nuestra vida las exigencias que brotan de la Encarnación de Dios.



1 FRANCISCO, Audiencia (14 de diciembre de 2016).

2 Cf. ROMERO POSE, E., “La vuelta al misterio y la enseñanza de la Teología”, *Revista Española de Teología* 61(2001) 7-51.

Volver a Xerusalén

D. Xosé Xulio Rodríguez Fernández



Estamos a iniciar o trienio pastoral que é unha chamada e unha provocación a erguerse e facer camiño xuntos. Conxuga moi ben o proceso sinodal que estamos a vivir e tamén a condición de peregrinos reavivada no dobre ano santo compostelán.

A conclusión do relato pascual dos discípulos de Emaús, que son reenviados á comunidade para realizar a misión evanxelizadora, amósanos que este é o gran traballo e o gran reto que se lle presenta hoxe á nosa Igrexa local, sendo conscientes tamén de que precisamos permanentemente reavivar a fe e o dinamismo misionero coa Palabra da Escritura (o Verbo de Deus) e coa mesa eucarística: *E levantándose axiña, volveron a Xerusalén (Lc 24,33).*

A decisión dos dous discípulos de volver axiña a Xerusalén evoca tamén a decisión firme de Xesús, antes da Pascua, de ir a Xerusalén a consumir a misión que o Pai lle encomendara: *e cando se ía cumprir o tempo de que o levantasen deste mundo, decidiu en firme ir a Xerusalén (Lc 9,51).*

1. Levantarse

Esta actitude comporta movemento, dinamismo, estar en busca, sendo conscientes do risco de caer no inmovilismo, de repetir o de sempre ou ficar instalados en prácticas e accións que están caducadas, que non conducen ao coñecemento de Xesús Cristo a través da experiencia de fe.

Levantarse é resucitar, alumar unha vida nova, un mundo novo e unha humanidade nova, como nos recorda o profeta da Apocalipse nun contexto ben difícil e hostil, superior sen dúbida ao que nós atopamos hoxe: *Vede que volvo novas todas as cousas (Apc 21,5; 2 Cor 5,17)*. Os tempos que estamos a vivir, a situación actual da nosa diocese estannos a pedir erguernos e deixarnos recrear e renovar por o Espírito que resucitou a Xesús. El fai novas todas as cousas e fainos nacer de novo, non só no nivel persoal senón como comunidade de discípulos e como parroquias vivas: *Con toda verdade volo aseguro: como un non naza por a auga e por o Espírito non pode entrar no reino de Deus (Xn 3,3-5).*

O camiño sinodal percorrido nestes últimos anos, pero nunca concluído, é un gran desafío e tamén unha gran provocación a mergullarnos e comprometermos na acción creadora do Espírito que nos ven erguer da postración, dun certo fatalismo ou dunha sensación de que a maior parte das nosas parroquias estanse achegando ao que poderíamos chamar un proceso de liquidación. Non se trata de lamentarse senón de redescubrir e confiar no poder do Espírito de Cristo que está vivo e operativo.

Esta realidade fráxil e precaria que estamos a vivir ten posibilidades de transformación. O Espírito fai nacer algo novo, posiblemente ben diferente do que estamos a ver. É preciso que nós esteamos atentos e dispostos a acoller a súa acción e a colaborar nun novo nacemento na nosa Igrexa diocesana, pois o espírito do Señor infúndenos nova vida como nos recorda Ezequiel na parábola dos ósos resecos: *ósos resecos, escoitade a palabra do Señor... velaí, vou facer entrar en vós o espírito e reviviredes (Ez 37,1-14).*

Nunha situación de certo desconcerto e perplexidade tanto na sociedade como na mesma Igrexa, temos o risco de recoller velas ante un mundo hostil ou indiferente á fe cristiá. Precisamos erguernos, abrir ben os ollos e os oídos do espírito para superar a inercia de tantos anos e situarnos como Igrexa nos latidos da sociedade de hoxe. Pero isto non se logra individualmente, senón comunitariamente, traballando colexialmente na misión evanxelizadora nunhas parroquias que hoxe son máis de non crentes ca de crentes. Como Saulo tamén nós precisamos escoitar a voz do Señor que nos sacude interiormente e nos pon en camiño para tomar iniciativas, para buscar novas formas de estruturación e de acción pastoral: *Pero érguete, entra na cidade, e xa se che dirá o que tes que facer (Feit 9,6).* Velaí a importancia das

mediacións e da comunidade para realizar a misión. Saulo descubre o seu camiño e a súa misión por medio de Ananías. Os discípulos de Emaús volven a Xerusalén e intégranse de novo na comunidade.

2. Axiña

A misión evanxelizadora é urxente, a Boa Nova e a salvación de Deus non poden esperar. O encontro con Xesús resucitado lanza sempre á misión de anunciar e testemuñar esa experiencia de gozo desbordante: *porque non podemos deixar de falar do que temos visto e oído* (Feit 4,20). Velaquí onde está a fonte da urxencia e a prontitude da misión apostólica.

Os discípulos de Emaús volveron axiña a Xerusalén e puxéronse a disposición dos Once para comezar a tarefa evanxelizadora movidos por o Espírito Santo (Lc 24,33). Paulo sente a mesma urxencia e, despois de encontrarse co Señor, vai axiña anunciar a Xesús Cristo a Arabia; logo voltará a Damasco, e despois a Xerusalén a compartir e discernir cos apóstolos a misión realizada (Gal 1,15-17).

A paixón por o anuncio do Evanxeo aliméntase da paixón por Xesús Cristo ata que o apóstolo chegue a ter os mesmos sentimentos ou a mesma forma de ser de Xesús Cristo (Flp 2,5). Por isto mesmo Paulo pode exclamar: *É o amor de Cristo, o que nos preme* (2 Cor 5,14). Este amor é coma unha forza e un lume interior que leva a anunciar o evanxeo: *Porque o mero feito de predicar o Evanxeo non é para min gloria ningunha: é unha necesidade que teño enriba de min. Pobre de min se non predico o Evanxeo!* (1 Cor 9,16). Poder aplicar á nosa vida estas palabras e estas conviccións do apóstolo Paulo e encarnalas na nosa acción pastoral, é algo tamén urxente e necesario.

Non hai tempo que perder e o campo apostólico precisa ser atendido e coidado. Aínda que pareza que nas nosas parroquias hai pouco que facer, sen embargo o campo de traballo é grande e os obreiros temos que ter dedicación exclusiva e articular novas formas de presenza que rachen unha rutina quizais secular e fagan abrollar un rostro novo de Igrexa. Este é o tempo favorable (*kairós*, Mc 1,14), por isto hai que poñerse en camiño xa, sen distraerse ou perderse en cousas intrascendentes: *Non levedes saco, nin alforxa, nin calzado, nin vos paredes a parolar con ninguén por o camiño* (Lc 10,4). Trátase de articular un traballo directo de base coas nosas xentes e un traballo ben coordinado e planificado entre os axentes de pastoral, especialmente nos arciprestados que precisan ser revitalizados e ter máis espazo de acción e reflexión.

3. Volver a Xerusalén

Xerusalén é a matriz da obra evanxelizadora da Igrexa nos comezos. Volver é un camiño de conversión. Volver a Xerusalén é volver ás raíces, á fonte de onde brota a vida verdadeira. Por isto Xesús tomou a decisión firme de ir a Xerusalén. A misión da nosa Igrexa local, toda a nosa vida cristiá ha de estar revestida do que Xerusalén significa e fai presente hoxe.

Xesús mándalle aos discípulos que permanezan un tempo en Xerusalén ata que sexan revestidos co poder que ven de arriba (Lc 24,49). En Xerusalén a comunidade de discípulos recibe o Espírito Santo o día de Pentecostes e coa forza deste Espírito vai comezar a misión evanxelizadora (Feit 2,1-36). O mesmo Xesús, a partir das Escrituras, anúncialles aos apóstolos que a misión evanxelizadora comeza en Xerusalén para estenderse por todos os pobos da terra: *e predicarase no seu nome a conversión e mais o perdón dos pecados a todos os pobos, empezando por Xerusalén* (Lc 24,47; Feit 1,8).

En Xerusalén reúnen tamén en sínodo as primeiras comunidades para discernir e buscar en comunión os camiños polos que o Espírito conduce a Igrexa ante novos desafíos e novas situacións coas que se van atopando (Feit 15,1-35).

Velaquí a grande riqueza da Igrexa nai de Xerusalén. Sobresae especialmente a comunión, o carácter comunitario, a sinodalidade, camiñando conxuntamente. A nosa Igrexa en Ourense ten aquí un modelo, un espello a quen mirar e onde se pode ver ela mesma. Para este camiño ha de estar aberta á acción do Espírito que a quere levar por camiños novos, a potenciar o anuncio do Evanxeo e procesos que conduzan á fe en Xesús Cristo nesta conxuntura descrida, a progresar nun camiño sinodal que permita afrontar con gozo e con lucidez unha renovación pastoral en programas e estruturas que deberán brotar do Sínodo que está a concluír.

"Jesús se acercó y tocándolos les dijo: Levantaos, no temáis" (Mt 17,7)

D. Julio Grande Seara



El lema para este curso pastoral que estamos comenzando, *Jesús se acercó y les dijo: Levantaos, no temáis*, nos sitúa en el pasaje de la Transfiguración, según el Evangelio de Mateo que insiste sobre la venida del reino de los cielos. Por esto el de Mateo es el Evangelio del pueblo de Dios guiado por su maestro Jesucristo. Jesús se nos presenta como guía en el camino hacia el Reino.

En el relato de la Transfiguración, Jesús es presentado como el nuevo Moisés que encuentra a Dios *sobre un monte* (Mt 17,1) en la *nube resplandeciente* (Mt 17,5). También Moisés encuentra a Dios en la nube sobre el monte Sinaí (Ex 24,15-18); con el rostro resplandeciente (Ex 34, 29-35). Como en lo sucedido en el Sinaí (Ex 19; 20; 33-34), también aquí, en la Transfiguración, hay la revelación de una nueva ley: Escuchar al Hijo predilecto en el cual Dios Padre se complace (Mt 17,5). Nos invita a escuchar, a abrir los ojos y oídos para contemplar la Epifanía de la identidad de Jesús. La voz es el punto culminante de la escena. La voz es la expresión de la voluntad divina. Jesús aclara en el “monte” que su mensaje y su vida eran la voluntad de Dios. Lo esencial es escuchar a Jesús. Su humanidad llevada a plenitud es Palabra definitiva.

El descubrimiento de la identidad del Hijo, suscita en los tres testigos el “temor de Dios”. Postrándose los tres, faz en tierra (Mt 17,6). Ya en el comienzo del Evangelio, en el nacimiento de Jesús, los magos *entrados en la casa, vieron al Niño con María su Madre, y “postrándose” lo adoraron* (Mt 2,11). Una reacción semejante encontramos también en el Evangelio de Juan, en la autorrevelación del Señor, en el pasaje del prendimiento de Jesús en Getsemaní: *Les dice Jesús: ¡Yo soy! Apenas dijo ¡Yo soy!, retrocedieron y cayeron por tierra* (Jn 18,5-6).

La escena es insólita: los discípulos preferidos de Jesús caídos por tierra, llenos de miedo, sin atreverse a reaccionar ante la voz de Dios. La presencia de lo divino asusta al hombre que se siente empujado.

La actuación de Jesús es conmovedora: *Se acerca* para que sientan su presencia amistosa. *Los toca* para infundirles fuerza y confianza. Y les dice unas palabras inolvidables: *Levantaos. No temáis*. No tengáis miedo a vivir escuchándome a mí, siguiéndome. Jesús sabe que necesitan experimentar su cercanía humana, no solo el resplandor divino de su rostro, sino también el contacto de su mano amiga. Siempre que escuchamos a Jesús en el silencio de nuestro ser, sus primeras palabras nos dicen: «Levántate, no tengas miedo».



Como discípulos hemos de saber que no estamos solos, confiando en el Señor no tenemos por qué temer, ya que conocemos su promesa de que estará siempre con nosotros. Dios es un Padre amoroso, que, si se ocupa hasta de los más pequeños detalles en sus criaturas, con mucha mayor razón cuidará de sus hijos fieles.

Es probable que sea el miedo lo que más nos paraliza a los cristianos en el seguimiento fiel a Jesucristo. En la Iglesia hay pecado y debilidad, pero también miedo a correr riesgos; miedo a lo nuevo, como si «conservar el pasado» garantizara automáticamente la fidelidad al Evangelio; hay miedo a acoger a los pecadores como lo hacía Jesús; miedo a anteponer la misericordia por encima de todo, olvidando que hemos recibido el *ministerio de la reconciliación*. Según el relato evangélico, los discípulos caen por tierra *llenos de miedo* al oír una voz que les dice: *Este es mi Hijo amado... escuchadlo*. Da miedo escuchar sólo la voz de Dios, de escuchar a Jesús. Es el mismo Jesús quien se acerca, los toca y les dice: *Levantaos, no tengáis miedo*. Solo el contacto vivo con Cristo nos puede liberar de tanto miedo.

Recordamos las palabras del Papa Benedicto XVI, en el Ángelus 22 de junio de 2008: *El creyente no se asusta ante nada, porque sabe que está en las manos de Dios, sabe que el mal y lo irracional no tienen la última palabra, sino que el único Señor del mundo y de la vida es Cristo, el Verbo de Dios encarnado, que nos amó hasta sacrificarse a sí mismo, muriendo en la cruz por nuestra salvación. Cuanto más crecemos en esta intimidad con Dios, impregnada de amor, tanto más fácilmente vencemos cualquier forma de miedo*.

O aquel grito, lleno de fe y confianza en Dios, de san Juan Pablo II en la Misa inicial de su pontificado: *¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo Él lo conoce!*

Los discípulos han necesitado la transfiguración, pero los hombres, los hermanos están abajo, en la tierra, en la historia, y Jesús les invita a bajar, como una vocación de ir al encuentro. Han de saber ver la identidad de Jesús en lo humano de cada día. Han de sentir la urgencia de levantarse y volver al camino, seguir haciendo camino con el resucitado. Habiendo estado parados y sobrecogidos a causa de la incertidumbre de la pandemia, el Señor, como a Pedro, Santiago y Juan, nos toca y *nos urge* a levantarnos, ponernos en camino y volver a Jerusalén, al encuentro con los hermanos, y dar testimonio de lo que hemos visto y oído en el camino. Ahora nos invita con fuerza a tomar un impulso nuevo y dar testimonio de nuestra experiencia de encuentro con Él.

Que en el Adviento-Navidad que comenzamos no nos centremos solo en nosotros mismos y nuestros miedos, no nos quedemos en nuestras fragilidades, sino centrados en Dios, en la fe; en la fuerza y el poder de Jesucristo que nos levanta. Oremos con el Salmo 23: *Aunque pase por cañadas oscuras ningún mal temeré porque Tú vas conmigo, tu vara y tu bastón me dan seguridad...*



«Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9,5)

D. Álvaro Fernández Fidalgo

El mesianismo en las tres partes del libro de Isaías

El mesianismo recorre entero el libro de Isaías, en los tres volúmenes que lo conforman, pero de modo diverso. En **Is 1-39**, que recoge la predicación del profeta histórico del s. VIII a.C., predomina el mesianismo real centrado en un descendiente del linaje de David: el oráculo del Emmanuel (Is 7,1-14) probablemente se refiera a Ezequías, el *niño que nos ha nacido* (Is 8,23-9,6) a Josías y el *vástago de Jesé* (Is 11,1-9) a un monarca postexílico, quizá Zorobabel. Isaías fundamenta su predicación en la elección divina de Jerusalén, su Templo y la dinastía davídica. El drama del exilio, provocado por la caída de Jerusalén en el 587 a.C., no desechó estas profecías, sino que hizo que se reinterpretasen en clave futura: algún día llegará un rey que nos libraré de la opresión de nuestros enemigos. Con todo, un mesianismo con tintes político-militares.

En **Is 40-55**, el llamado «libro de la consolación», datable hacia los años centrales del s. VI a.C., el mesianismo se reparte entre Ciro (Is 40-48, centrado en la liberación y *retorno*) y el Siervo de Yhwh (Is 49,55, centrado en la salvación y *restauración* de Jerusalén). Estos mediadores de la salvación son distintos: el emperador persa Ciro trae una salvación temporal (liberación de Babilonia), basada en las armas, con lo que gana admiración y gloria; por su parte, el Siervo (quizá identificable con el propio profeta que escribe) trae una salvación permanente que consuela a Sión, y lo hace con su sufrimiento, que lo lleva a ser despreciado por todos, pero su dolor y muerte le darán una victoria definitiva más duradera que la de Ciro.

En **Is 56-66**, datable de finales del s. VI e inicios del V a.C., la salvación mesiánica procede directamente de Dios, sin mediadores, y es don suyo. El profeta *anuncia* la salvación, pero no la provoca (cf. Is 61,1-3). En la segunda y tercera parte del libro atribuido a Isaías (Is 40-66) no hay lugar para la monarquía ni el mesianismo de tipo monárquico: un rey extranjero es ahora el ungido de Yhwh (cf. Is 45,1) y la alianza davídica es transferida al pueblo entero (cf. Is 55,3-5). Dios-rey ha ocupado el puesto de la dinastía davídica (cf. Is 41,21; 43,15; 44,6). La idea de la inauguración del reinado de Dios, con su venida, la salvación que aporta y la perspectiva de juicio, permea esas partes del libro.

El joven monarca del oráculo de Is 9

¹ El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande.

Los que vivían en tierra de sombras, una luz brilló sobre ellos.

² *Acrecentaste* el regocijo, *engrandeciste* la alegría.

Alegría *por tu presencia*, cual la alegría en la siega,
como se regocijan repartiendo botín.

³ **Porque** el yugo que les pesaba y la pinga de su hombro -la vara de su tirano-
has roto, como el día de Madián.

⁴ **Porque** toda bota que taconeaba con ruido,
y el manto rebozado en sangre serán para la quema, pasto del fuego.

⁵ **Porque** un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado.

Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre

“Consejero maravilloso”, “Dios potente”, “Siempre padre”, “Príncipe de paz”.

⁶ Grande es su señorío, y la paz no tendrá fin

sobre el trono de David y sobre su reino,

para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia.

Desde ahora y hasta siempre, *el celo de Yhwh Sebaot hará eso.*

La metáfora de la luz-oscuridad nos sitúa en el contexto de un cambio (v. 1), como decimos en nuestra lengua, una diferencia «como del día a la noche». La imagen utilizada por Isaías es más fuerte porque *tierra de sombras* es uno de los títulos del *Sheol*, el reino de los muertos. Se trata de un cambio de muerte a vida. La metáfora de la luz es asumida por la alegría y el regocijo *causados por la presencia de Dios* (v. 2). Según el profeta, esa presencia ha provocado tres cosas: liberación militar (v. 3, el episodio de Madián al que alude el profeta puede leerse en Nm 31), el fin de la guerra (v. 4) y la entronización de un nuevo príncipe (v. 5).

El oráculo que nos ocupa es un canto de acción de gracias a Dios por *algo ya ocurrido*: el niño ya ha nacido y nos ha sido dado. Probablemente, ese niño se trate del rey Josías (640-609 a.C.), durante cuyo reinado la liberación del yugo asirio, el fin de la guerra y la estabilidad dinástica son un hecho. Además, este monarca comenzó a reinar siendo todavía niño (con ocho años, según 2Re 22,1). La metáfora de un niño que nace aplicada a un rey que inicia su reinado es conocida por los himnos de entronización real presentes en el Salterio (cf., a modo de ejemplo, Sal 2,7). Dicho de otra manera, podríamos traducir *un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado* como «tenemos rey». Los ceremoniales egipcios y asirios dan cuenta de la imposición de títulos al nuevo monarca, en el caso del texto bíblico: consejero maravilloso, dios potente¹, siempre padre y príncipe de paz.

Isaías asegura que, durante el reinado del nuevo monarca, no cesarán la paz y la justicia. Además, se restaurará el antiguo reino de David, que a causa de las decisiones políticas de Ezequías había quedado reducido poco menos que a Jerusalén y sus alrededores en el 701 a.C. La consolidación señalada por el profeta alude a la estabilidad prometida por Natán a la Casa de David (cf. 2Sm 7). En cualquier caso, el rey Josías murió en la batalla de Megido y con él las esperanzas del oráculo de Isaías. Sin embargo, el verdadero protagonista del oráculo no es el niño (= el rey Josías), sino Dios: es su presencia la que multiplica la alegría (cf. v. 2 del oráculo) y su celo el que causa todo, desde ahora y *hasta siempre* (cf. v. 6).

De cara a los tiempos de Adviento y Navidad

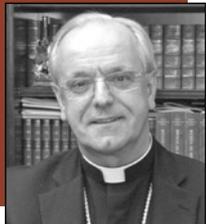
Lo que Isaías anunció a sus contemporáneos, nosotros lo creemos cumplido en el nacimiento de Jesús, el único cuyo reino puede no tener fin, porque es un rey que no muere, que es eterno. Mencionándola dos veces, el profeta insistía en la paz (*shalom*), que en la Biblia sintetiza y compendia el conjunto de todos los bienes mesiánicos; no es sólo ausencia de guerra o conflicto, sino sobreabundancia de bienes en positivo. Así es el reino del niño Dios.

Jesús es el reino de Dios en persona (cf. Orígenes, *In Mt.* 14,7). Los que somos ciudadanos de ese reino esforcémonos por contagiar la paz que en él impera: luchemos contra el mal, empezando por nosotros mismos, y deshagámonos por hacer el bien.

¹ La expresión hebrea es *'el gibôr*, pero en la Biblia el término «dios» no se refiere necesariamente a Dios. Un par de ejemplos. La nigromante que invoca a Samuel le dice a Saúl: «Veo *'elōhīm* [= dioses] subiendo de la tierra (de los muertos)» (1Sm 28,13). En el Sal 82,6, el consejo divino que juzga está formado por *'elōhīm*, que son «hijos del Altísimo».



El misterio de un Dios que se hace hombre



J. Leonardo Lemos Montanet, Bispo de Ourense

La clave de nuestra esperanza es que Dios está entre nosotros. Caminamos en medio de luces y sombras, entre las tribulaciones del momento presente pero contando con la ayuda del Señor que se hace pequeño para ponerse a nuestra “altura”. El cristianismo tiene en su centro el Misterio, que no es algo oculto, sino que es un acontecimiento de revelación que inaugura la comunión entre el mismo Dios y el hombre que al llegar la plenitud de los tiempos se revela y visibiliza en Cristo, el Hijo de Dios Padre y de Santa María. Este evento de salvación forma parte de la economía divina que es actualizada y ofrecida a la libertad humana a través de las celebraciones litúrgicas. Porque el estilo de vida cristiano no se impone, se propone a la libertad humana. Y esto es así porque el núcleo del cristianismo es, pues, el acontecer histórico de la presencia del Resucitado en nuestra historia, es en él en quien habita la plenitud de la divinidad corporalmente. Queda claro que para el cristiano el mismo Dios se revela por medio de hechos y de *gestos teándricos* de los que brota la vida, la fuerza para el camino y la esperanza en la vida eterna.

Los acontecimientos de la vida de Cristo son históricos pero su contenido, orientación y perspectiva son eternos. Sin embargo, no podemos caer en el error de pensar que las celebraciones del Año Litúrgico, aunque se repiten, no hacen que la historia se entienda de manera cíclica como la concebían los griegos; a partir de la Encarnación de Cristo y su irrupción en el tiempo, todo acontecimiento histórico que celebramos litúrgicamente, aunque nos parezca lo mismo que el del año pasado, no es tal, porque siempre está impregnado de una novedad que le confiere la fuerza del Espíritu, de ahí que la Navidad siempre será Navidad, y su liturgia será siempre la misma, cambiará, quizás, alguno de los textos, pero cada año siempre será una nueva Navidad que nos acerca al misterio de la plenitud, en el final de los tiempos.

Teniendo en cuenta esta perspectiva misteriosa está claro que para el cristianismo lo ético, lo subjetivo, el obrar del hombre no es lo sustantivo, de ahí que si deseamos llegar al centro del Evangelio y a la raíz de la nueva tarea evangelizadora debemos convencernos de que *no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*¹. Sólo gracias a ese encuentro con el amor de Dios, de un amor que nos primerea, un amor que es acogido con libertad a través de las mediaciones, somos auténticamente cristianos. Y ese encuentro se realiza de muchas formas, una de ellas es a través de la liturgia y, en la medida en que la celebramos y vivimos bien, dejándonos fascinar por su sobria belleza nos damos cuenta que por medio de ella la luz del rostro del Resucitado se hace presente en el rostro de la Iglesia².

Desde esta perspectiva es fascinante acercarnos a la realidad de Cristo y *comprenderlo* tal como él se nos presenta, como Luz: Yo soy la luz del mundo (Jn 8, 12). Es normal, pues, que el punto central de toda celebración litúrgica sea la Pascua – la fiesta de la Luz-, a partir de ese hecho fundamental se lleva a cabo el despliegue de los misterios de la vida de Jesús. Pero lo que se celebra en la liturgia, aquí y ahora, no es sólo para beneficiarnos de los hechos salvíficos de esos acontecimientos sino que a través de esos gestos, signos y palabras se realiza la presencia objetiva misterioso-sacramental de la pasión, muerte y resurrección de Cristo y, con el dinamismo que de ese acontecimiento brota, se entienden los otros misterios de la vida de Jesús, misterios que para aquellos que le siguen les ayuda a no caminar en tinieblas, sino que tienen *la luz de la vida* (cf. 8, 12). Aquí radica el por qué las primeras comunidades cristianas convierten la celebración litúrgica, de manera especial la Eucaristía, en el punto de referencia

¹ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1.

² Cf. VATICANO II, *Lumen Gentium*, 1.

fundamental de la *Ecclesia*, en ella el creyente no solo se encontraba en comunión con Cristo y con la comunidad, sino que de ese encuentro dimanaba la fuerza para la misión, es decir, la vivencia de la fraternidad y el ejercicio de la caridad; por eso *la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra*³.

De la luz de la Pascua a la Navidad: fiesta de la Luz

A partir de la fuente de la luz que es el Triduo Pascual todo el Año Litúrgico queda envuelto en ese resplandor y de esa realidad luminosa brota la fuerza que de *ocho en ocho días* -tal como contaba la tradición cristiana- la comunidad de los creyentes en el resucitado se unen para celebrar el *dies Domini*, el día del Señor, el Octavo día, el día de los cristianos, el Domingo. Ese es el día de gracia del Señor.

Sin embargo, el genio del cristianismo -que no sólo se dedicó, sin más, a santificar los lugares y las fiestas paganas, como algunos fenomenólogos de la religión afirman-, dejándose llevar por la belleza del Misterio se fue acercando a la celebración de los “misterios de la carne”, como afirmaban los medievales: *Mysteria carnis Christi*. Y, ¿dónde encontró esos misterios? A la luz de la Encarnación de Dios y, dejándose llevar del trípode sacro: pasión, muerte, resurrección; se fue creando de manera catequética-litúrgica, ante sus ojos creyentes el Adviento, la Navidad y la Epifanía.

La fiesta de Navidad aparece en la liturgia romana a comienzos del siglo IV y no nos consta que hubiera habido antes como un tiempo de preparación. De hecho, sí se sabe que el Adviento lo encontramos por primera vez en la liturgia hispana tal como aparece en el concilio de Zaragoza del año 380. Curiosamente, en las Galias este tiempo previo a la Navidad aparece a finales del siglo V y se denomina “cuaresma de san Martín” porque se iniciaba el once de noviembre⁴. Sea como fuere, la Navidad es un tiempo litúrgico breve pero siempre deja en nosotros una gran alegría. Con solo mencionar su nombre parece que algo se enciende en nuestro interior, por una parte hay algo de nostalgia y, por otra, un gozo especial nos conmueve cuando en nuestros hogares nos encontramos con el belén o con la figura de un Dios hecho Niño.

Es un tiempo litúrgico que, por la belleza que encierra, hace presente en nuestro “hoy” la Encarnación de Dios, y para celebrar tan grande acontecimiento, siguiendo como modelo el esquema de la Pascua, con su tiempo previo de Cuaresma, también ahora se nos exige una preparación adecuada: son las escasas cuatro semanas de Adviento. Preparación para la Venida del Dios con nosotros. Sin embargo, aunque es un tiempo en el que se nos invita a la austeridad de vida, sin embargo, no encierra en sí mismo el matiz penitencial propio de la Cuaresma.

Durante este tiempo de Adviento es bueno que volvamos la mirada a la Inmaculada y, a su lado, contemplemos a san José al que le hemos dedicado, por deseo del Papa, este año jubilar de 2021. Volviendo la mirada hacia atrás creo que pudiéramos haber vivido mucho mejor nuestro trato con el Santo Patriarca porque con tantos eventos como hemos vivido además de la “resaca” psicosocial de la pandemia, da la sensación que este año josefino ha quedado solapado por los acontecimientos y ha pasado desapercibido. Sería recomendable que en los primeros días de Adviento volviéramos a releer la carta apostólica *Patris corde* (8 de diciembre de 2020), porque según el adagio latino *repetita sempre iuvat*, y que él nos enseñe a intensificar nuestra oración con el fin de que nos siga acompañando en *nuestro camino postsinodal* para que lo sepamos aprovechar como *un don que el Espíritu concede a esta Iglesia particular y así podamos llevar a cabo la nueva tarea evangelizadora y nos convirtamos en una Iglesia misionera*⁵.



3 BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 22.

4 Cf. F. M. AROCENA, *Las colectas del Misal romano. Domingos y Solemnidades del Señor*, Roma, 2021, p. 62.

5 Oración del Obispo de Ourense para el Año Santo de san José 2020-2021.

Es bueno que le supliquemos, también, que nos conceda esa “valentía creativa” que necesitamos para aprovechar estos días de Navidad y, como niños, nos podamos acercar al misterio del Dios encarnado y así penetremos en el sentido de la cercanía de Dios, de su ternura y de su acogida. Este tiempo es una ocasión propicia para crecer hacia adentro, buscando la sombra del Niño y, bajo ella, crecer en esas virtudes humanas y cristianas que nos ayudan a convertir nuestros hogares en auténticas “iglesias domésticas”.

Junto al trato cordial con san José os propongo que os esforcéis por colocar en todos vuestros hogares y también en aquellos lugares donde os encontréis habitualmente, un belén, un nacimiento, un misterio. Como todos los años en la Curia Diocesana montaremos la exposición de “Belenes del mundo” y volveremos a sentirnos niños ante Jesús Niño. Ya ha pasado el tiempo para seguir instalados en la queja sistemática sobre el sistema social y político. Hemos de convencernos, cuanto antes, de que en estos momentos debemos esforzarnos por vivir ese espíritu de comunión que nos lleve a participar en todos estos eventos que acontecen en nuestro entorno y convertirlos en cauce para una proposición activa y respetuosa de nuestra fe en el Dios de los vivos.

No podemos olvidar que el Adviento es también una ocasión propicia para preparar mejor la Navidad de los vulnerables y de las personas “descartadas”. Os invito a que desde vuestras parroquias y desde los distintos grupos apostólicos, así como las asociaciones vinculadas a las congregaciones e institutos de vida consagrada, organicéis visitas - si las autoridades sanitarias lo permiten -, a los hogares donde sabéis que viven personas solas, a los ancianos, a las residencias de mayores, a las casas de acogida, a los centros penitenciarios y, por supuesto a Cáritas. No nos olvidemos de que todo tiempo litúrgico nos lleva a acercarnos con más intensidad a la Palabra de Dios y que la vivencia de esa “palabra” genera en nuestras vidas una mayor alegría y una exigencia apostólica más atrevida.

De la luz de la Navidad a la manifestación de la Luz

Cuando hablamos de la Epifanía se nos suelta la imaginación. Desde niños nuestra fantasía ha creado una escena llena de vivacidad y de fuerte colorido y emoción que, en realidad muy poco tiene que ver con este momento litúrgico. Desde el punto de vista celebrativo casi pasa desapercibida y, sin embargo, es una fiesta, por decirlo de algún modo, que se focaliza en la Luz y encierra en sí un misterioso contenido; todo ello viene hermosamente expresado por la oración de la Vigilia de Epifanía en donde pedimos que *Dios ilumine nuestros corazones con el resplandor de tu majestad, para que venciendo las tinieblas de nuestro mundo, lleguemos a la patria de la eterna claridad*. Pedimos que la luz nos transfigure para llegar al Reino; es la misma que guió a aquellos misteriosos personajes, representantes de las distintas religiones, a los que llamamos “magos”, hasta que se encontraron con Cristo, Luz del mundo. Por otra parte, al estudiar este tiempo me encontré con una explicación del beato Guerrico de Igny (+ 1157), monje, que compara la solemnidad de la Epifanía con la Navidad y lo hace de una manera tan hermosa que le da un sentido existencial nuevo: *La Epifanía parece venir de la Navidad, como el efecto proviene de su causa. La Natividad que nosotros hemos festejado hasta hoy es la de Cristo, pero hoy es nuestro mismo nacimiento el que celebramos. En la primera, en efecto, es Cristo el que ha nacido; en esta de hoy, nace el pueblo cristiano*⁶.

La Navidad es un tiempo muy breve y, por consiguiente, debemos vivirla con intensidad; de suyo tiene una prolongación hasta la Epifanía a la que debiéramos de prestarle una mayor atención, quizás potenciando unas catequesis y unas celebraciones adecuadas a los niños y jóvenes. Que no se convierta en un espectáculo como es la Cabalgata de Reyes, a la que, en la medida de nuestras posibilidades, debiéramos intentar darle un sentido más evangélico y solidario. En los últimos años da la sensación de que “se nos ha ido de las manos” y son otros los que, sin querer, están dándole un sentido totalmente profano. No podemos estar en contra de nadie, ni de nada, pero dejándonos llevar de esa “imaginación creativa” debemos enriquecer esa hermosa costumbre que alegra a niños y mayores, dándole un sabor cristiano y procurar que en el ambiente lúdico-festivo que acompaña a esta manifestación se dejen sentir, ver, oír algunos mensajes breves del Evangelio o, quizás, ofrecer nuestra participación y colaboración.

6 GUERRICO DE IGNY, *Sermón 4 de Epifanía*, en Sch 166, 289.

Claves para un Adviento cristiano en tiempos de secularización

D. José Manuel Salgado Pérez



Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y las inquietudes de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra. Estad, pues, despiertos en todo tiempo, pidiendo que podáis escapar de todo lo que está por suceder y manteneros en pie ante el Hijo del hombre (Lc 21, 34-36). Con estas palabras

termina el capítulo 21 del Evangelio según san Lucas, en el marco del final de la enseñanza pública de Jesús antes de la Pasión. Es un discurso escatológico con el que se abre el tiempo del Adviento en el Ciclo C, ya que es el Evangelio del I Domingo de dicho ciclo. Estas palabras de la Sagrada Escritura pueden iluminar un poco a nuestra sociedad occidental marcada por la secularización y el consumismo, como observamos de modo claro en las semanas previas a la Navidad.

¿Cómo vivir el tiempo litúrgico del Adviento en un momento de una secularización tan fuerte? ¿Vamos a conformarnos con la Navidad que nos ofrece el mundo? ¿Cuáles son las claves para vivir un Adviento «en cristiano» en medio del consumismo?

En primer lugar, conviene aclarar que con la palabra «secularización» nos estamos refiriendo aquí a la desaparición de signos, valores y comportamientos que se consideran propios del cristianismo. La mayor pandemia de nuestro tiempo es la ausencia de Dios, es decir, vivir como si Dios no existiese, volviéndonos insensibles a todo lo espiritual.

El Adviento es «Dios que viene» a despertarnos de nuestro letargo. Es un tiempo fuerte de preparación, vigilancia y conversión para vivir una verdadera Navidad. Desde los siglos VIII-IX quedó fijado en cuatro el número de domingos previos a la Navidad, aunque en algunas liturgias (como la Hispano-Mozárabe y la Ambrosiana) el tiempo de Adviento dura seis semanas. La necesidad de prepararnos durante varias semanas habla de la importancia de la fiesta que se va a celebrar y de la necesidad de conversión. El color morado, propio de este tiempo, indica el esfuerzo por preparar el camino del Señor y la necesaria tensión para vivir fieles a Dios. Esta dimensión de preparación-conversión aparece también en una de las figuras claves de este tiempo litúrgico: san Juan Bautista, modelo de austeridad y voz que clama en el desierto pidiendo que se prepare el camino al Señor que viene.

La dinámica de la sociedad occidental actual nos ha llevado a perder el carácter penitencial del Adviento, convirtiéndolo, entre los propios cristianos, en una «Navidad anticipada». Por ello, vamos a centrarnos en subrayar las actitudes del Adviento cristiano, que son muy distintas de las que nos propone el mundo:

a) **VIGILANCIA.** Es propia del Adviento la llamada a vigilar, velar, estar atentos y despiertos, a no dejar que se embote el corazón. Sin la vigilancia corremos el riesgo de dejar que las modas e ideologías dominantes nos arrastren, perdemos la pasión de la fe, nos apoltronamos en nuestra vida cristiana y podemos llegar a pactar con la mediocridad y el pecado. La vigilancia es importante porque el Día del Señor, «caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra», «no sabemos el día ni la hora» en que llegará el Señor «como un ladrón en medio de la noche». Una medida concreta para estar vigilantes en este tiempo es el cuidado del examen de conciencia y la vivencia más atenta del sacramento de la Penitencia.

b) **ORACIÓN.** Durante el Adviento estamos llamados a escuchar con más atención la Palabra de Dios propia y abundante en la liturgia de este tiempo. Se trata de una oración que nos mueva a la conversión, a preguntarnos «¿qué tengo que cambiar en mi vida?; ¿qué debo hacer?» (como nos dirá el Evangelio del tercer Domingo de este tiempo). En medio del ruido abundante de las semanas previas a la Navidad, los cristianos haríamos bien en cultivar el silencio y la oración personal «de tú a Tú» con Jesucristo en la adoración silenciosa ante su Presencia eucarística.

c) **SENCILLEZ Y MODERACIÓN.** El Año Santo Compostelano nos recuerda que un peregrino necesita poco equipaje, tan solo lo esencial para hacer el camino y poder llegar a la meta. No está de moda, pero son actitudes propias del cristiano, vivir en austeridad, pobreza y desprendimiento. Las compras, las cenas, los regalos innecesarios y el despilfarro son característicos de la «Navidad pagana» en la que Dios está ausente, en cambio la sencillez, la falta incluso de lo necesario, las dificultades y el sacrificio son lo propio de la Navidad cristiana que contemplamos al leer los Evangelios de la infancia del Señor.

d) **ESPERANZA.** El Adviento nos invita a esperar la venida del Señor al final de los tiempos y la venida concreta del Señor a nuestras vidas en la próxima Navidad. La espera de los cristianos es una espera confiada porque sabemos que el Señor ya ha venido, está presente y actúa en nuestra vida. El Adviento es un tiempo para descubrir a Dios «con nosotros». Nos hará bien luchar por vivir en presencia de Dios cada día, con pequeñas jaculatorias (por ejemplo: «¡Ven, Señor Jesús!») que pueden ayudarnos a lo largo del día a descubrir a Dios que sale a nuestro encuentro en cada persona y en cada acontecimiento.

e) **TRABAJO.** La esperanza cristiana es una esperanza activa. Como nos recordó el Concilio Vaticano II, «la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra». «Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga a un más perfecto cumplimiento de todas ellas. (...) El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época». El Adviento es también tiempo de trabajar, de comprometernos a transformar la sociedad, de solidaridad con los más necesitados. Estamos especialmente llamados a redescubrir la fraternidad. Con palabras del Papa Francisco: «El amor implica algo más que una serie de acciones benéficas. Las acciones brotan de una unión que inclina más y más hacia el otro considerándolo valioso, digno, grato y bello, más allá de las apariencias físicas o morales. El amor al otro por ser quien es, nos mueve a buscar lo mejor para su vida. Sólo en el cultivo de esta forma de relacionarnos haremos posibles la amistad social que no excluye a nadie y la fraternidad abierta a todos».



Finalmente, recordemos que la Virgen María es el gran personaje del Adviento en el Ciclo C, en el cual somos guiados por el Evangelio según san Lucas. No olvidemos la dimensión mariana de este tiempo, mirando a la Inmaculada como la Mujer que vence el mal y abre el camino para una nueva vida y una nueva humanidad en la que Dios está presente y es el centro de todo.

La natividad del Señor y su manifestación al mundo

D. Ramiro González Cougil



Las *normas universales sobre el Año litúrgico y sobre el Calendario* (=NU) (a. 1969) inician exponiendo la importancia del tiempo de Navidad y fiestas sucesivas. En el n° 30 se destaca que es la celebración más antigua después de la Pascua y en ella se hace memoria del nacimiento del Señor y sus primeras manifestaciones. Esto se actúa en el tiempo de Navidad y Epifanía.

El tiempo *Nativitatis et Epiphaniae* es el segundo en importancia después del Triduo pascual y los 50 días de Pascua. El n° 33 de las NU precisa que este tiempo se extiende desde las primeras Vísperas de Navidad, hasta el domingo después de Epifanía o después del 6 de enero, inclusive. En este domingo se celebra el Bautismo del Señor que es la manifestación al pueblo judío.

No podemos detenernos en la historia de este tiempo, por razones de brevedad. Sólo diremos que la Navidad nace en Roma y nos da cuenta de ello el *Cronógrafo*, copiado por Filócalo (a 354). El calendario recoge los nombres y lugares de enterramiento de los mártires romanos y las fechas de su “nacimiento” (martirio) para el cielo. A la cabeza de esta lista, está Cristo, nacido en Belén, el octavo día, antes de la fiesta de kalendas de enero (= el 25 de diciembre). El nacimiento de Cristo, primero entre los mártires y a la cabeza del mes de diciembre, que para el Cronógrafo es el primer mes del año. La intención de Filócalo quizás fuese destacar la primacía de Cristo, en un momento en que la gran popularidad de la devoción de los mártires, amenazaba con su eclipse. Esta misma conexión entre el nacimiento (terreno) de Cristo y el nacimiento para el cielo de un número de mártires romanos, celebrados en torno a la fiesta de Navidad, la encontramos también en el Sacramentario Veronense (s. V). El recuerdo del nacimiento de Cristo es inseparable de la memoria de sus mártires, en Roma.

Según lo apuntado, es muy probable que la Navidad de la Roma cristiana primitiva, se haya celebrado principalmente, como la celebración del nacimiento terreno de Cristo, de quien los mártires dieron testimonio con su nacimiento para el cielo. Esto explicaría por qué los textos litúrgicos de esta fiesta se centran casi exclusivamente en las profundas consecuencias del acontecimiento, para la regeneración de la raza humana caída, pero destinada a la gloria.

El día de Navidad se pueden celebrar tres Misas, según una tradición antigua de la Iglesia romana: en la noche (del 24), en la aurora y en pleno día (del 25). La misa de la vigilia de Navidad, se celebra en la tarde del 24 de diciembre, antes o después de las I Vísperas (NU 34). Las tres Misas de Navidad incluyen textos muy antiguos y de un contenido espiritual profundo. Destaquemos: Las lecturas bíblicas, las antífonas de entrada y comunión, las oraciones presidenciales (colecta, sobre ofren. y poscom.) y los tres prefacios. Es de este conjunto de contenidos, de donde brota la teología, mistagogía y espiritualidad del tiempo de Navidad.

Destaco, de *la Misa de medianoche* el evangelio según Lc 2, 1-14, que recoge el nacimiento del Salvador y el anuncio



de una “buena noticia”, la gran alegría a los pastores. Esta narración nos evoca detalles de la sepultura y resurrección del Señor (los pañales, el pesebre, los pastores en vela, el temor y la gloria que viven los pastores). La *Misa de la aurora* proclama el Evangelio según Lc 2, 15-20. En él se describe la llegada de los pastores a Belén, añadiendo que *María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*. La *Misa en pleno día* proclama el Evangelio según Lc 1, 1-18, donde se recoge el testimonio de Juan el Bautista y el contraste entre Moisés y Cristo, ofreciéndonos las tres partes de este extraordinario himno acerca del Verbo de Dios.

Las *oraciones* presidenciales de estas tres Misas están tomadas de los sacramentarios más antiguos de la Liturgia (ss. V-VIII). Contienen los aspectos: del intercambio entre la divinidad y la humanidad que se actúa por la Encarnación; el inicio de la plenitud del culto divino; la comunicación de la vida divina; la participación en la inmortalidad del Verbo; el Salvador que nace para nosotros, es la misma salvación que llega actual. La Navidad no es mero recuerdo subjetivo del nacimiento de Jesús en el pasado, sino el acontecimiento eclesial anual presente en la Palabra y en el sacramento salvífico siempre actual, que subsiste en su persona y consiguientemente, se apropia de ella.

Los tres prefacios de Navidad recogen los tres aspectos más destacables del misterio del nacimiento del Señor. El *primero* se centra en “Cristo, luz del mundo”. Esta luz brilla “con nuevo resplandor” en la Palabra y las acciones litúrgicas. El *segundo* tiene como tema central la “restauración del universo en la Encarnación”. Cristo, sin dejar la gloria junto al Padre, “se hace presente entre nosotros de un modo nuevo”. El *tercero* se centra en “el intercambio realizado en la Encarnación del Verbo”. Todo esto tiene lugar en el “hoy” salvífico y sacramental, que la Iglesia, cuerpo y sacramento de Cristo, actúa en su Liturgia.

Navidad es presencia y actuación salvadora del Cristo glorificado y realmente presente en la comunidad de la Iglesia, comunicándonos su divinidad, a cambio de nuestra humanidad. Es presencia del que es Luz del mundo y que viene a vencer la tiniebla del Maligno y el pecado de los hombres. Es cercanía de un Niño pobre, que con su pobreza y amor nos enriquece. Es ternura y misericordia de un Niño que viene para dar su vida en una cruz y rescatarnos de nuestra maldad. La *Epifanía* supone la manifestación del Salvador a los paganos, al pueblo de Israel y a todo el mundo. La Epifanía celebra al Cristo, nacido para ser manifestado a todos y que reclama en los cristianos una actitud esencialmente misionera. Es la manifestación del Verbo de Dios nacido en Belén para ser conocido y amado por todas las naciones.



Campanas de Navidad



D. José Pérez Domínguez

Muchas son las costumbres y los elementos que rodean la celebración de la Navidad. Ordinariamente nos ayudan a crear el ambiente propicio para la espera gozosa del Señor, luz del mundo. La corona de Adviento, semana a semana, nos irá recordando la cercanía del nacimiento del Señor; el Belén, el Nacimiento, el Pesebre o el Portal (la nominación depende de lugares y culturas) que, construido en la intimidad de la familia o en los templos parroquiales, despierta en nosotros la vivencia del misterio de la Encarnación del Señor desde la ternura hogareña; el árbol de Navidad, con sus hojas perennes, apunta al cielo y nos habla de la vida que no acaba, de la vida eterna; la Estrella, que guió a los Magos de Oriente hasta el Portal de Belén, es la fe que nos guía hacia el Sol de Salvación. En Hispanoamérica se anticipa la Navidad con las Posadas (representaciones de la peregrinación de la Sagrada Familia buscando posada para María y el Niño hasta el Portal de Belén). Todo ello, como digo, son elementos iguales o cambiantes según los tiempos y costumbres culturales.

La corona de Adviento

La corona de adviento es un símbolo de que la luz y la vida triunfarán sobre las tinieblas y la muerte, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre y nos ha dado la verdadera vida. Al encender, semana tras semana, los cuatro cirios de la corona de Adviento significamos nuestra gradual preparación para recibir la luz de la Navidad. Por eso, en el primer domingo de adviento, bendecimos esta corona y encendemos su primer cirio con una oración, que rezuma alegría y gozosa esperanza: *La tierra, Señor, se alegra en estos días, y tu Iglesia desborda de gozo ante tu Hijo, el Señor, que se acerca como luz esplendorosa, para iluminar a los que yacemos en las tinieblas de la ignorancia, del dolor y del pecado. Lleno de esperanza en su venida tu pueblo ha preparado esta corona con ramos del bosque y la ha adornado con luces. Ahora te pedimos, Señor, que nos ilumines con el esplendor de aquel que, por ser la luz del mundo, iluminará toda oscuridad.*



Litúrgica y pastoralmente no estaría mal que en la Misa principal se procediese a la recuperación del rito bautismal de la bendición del agua con la aspersion, invitando a la reconciliación y a la conversión al Evangelio.

El árbol de Navidad

Desde tiempos inmemoriales se ha visto en los árboles algo sagrado, referente a la divinidad (fertilidad, regeneración, primavera...). El cristianismo transformó las costumbres nórdicas paganas de venerar las encinas como sagradas. Ante la imposibilidad de erradicar tales creencias, las asumió cambiándoles el sentido. Cuenta la leyenda que en el siglo VIII había un roble consagrado al dios Thor en la región de Hesse, en el centro de Alemania. Cada año, durante el solsticio de invierno, se le ofrecía un sacrificio. El misionero Bonifacio taló el árbol ante la mirada atónita de los lugareños y, tras leer el Evangelio, les ofreció un abeto; un árbol que *representa la vida eterna porque sus hojas son perennes y porque su copa señala al cielo.*



Elementos del árbol de Navidad: la estrella, colocada

generalmente en la punta del árbol, representa la fe que debe guiar la vida del cristiano, recordando a la estrella de Belén; las bolitas que adornan el árbol simbolizan los dones de Dios a la humanidad; las cintas de colores representan la unión de las familias y de las personas queridas, dando y recibiendo “aguinaldos”; las luces, en un principio velas, representan a Cristo, luz del mundo.

Pastoralmente el árbol de Navidad puede instalarse en las plazas, delante de los templos o en las casas en los primeros días del Adviento, tal como se hace en la plaza de san Pedro en Roma. Es un reclamo que nos coloca en actitud de esperanza activa prenavideña.

El Belén Familiar y parroquial

Reunida la familia, el padre o la madre de la misma dice: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Y añade el comentario siguiente: durante estos días contemplaremos asiduamente en nuestro hogar este pesebre y meditaremos en el gran amor que Dios nos tiene, al querer que su Hijo, Nuestro Señor, habitara con nosotros.*

Y expresa el deseo de que el pesebre colocado en nuestro hogar avive en nosotros la fe cristiana y nos ayude a celebrar más intensamente las fiestas de Navidad.

Se lee el santo Evangelio: *En aquellos días, José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre (Lc 2, 4-7).* Después de la lectura puede entonarse un villancico y se bendice el Belén: *Señor Dios, Padre nuestro, que tanto amaste al mundo que nos entregaste a tu Hijo único nacido de María la Virgen, dignate bendecir este belén y a la familia que está aquí presente para que sus imágenes nos ayuden a profundizar en la fe.*

Pastoralmente el nacimiento familiar o parroquial se podría colocar en la tercera semana de Adviento, después de la bendición de las imágenes del Niño Jesús en la Catedral o en las parroquias. Los villancicos deben cantarse a partir del día 25, fiesta de la Navidad.

La Estrella de Belén y los Reyes Magos

La Estrella de Belén, según la tradición cristiana, fue el astro que guió a los Reyes Magos al lugar del nacimiento del Señor. El Evangelio menciona que los Reyes Magos vieron aparecer por el Oriente la Estrella de Belén, aunque no aclara si se trataba de un planeta, una estrella o cualquier otro fenómeno astronómico. Según los escritos, los sabios viajaron siguiendo la estrella, y esta se detuvo en el lugar en el que Jesús había nacido. Y, postrándose, le adoraron, ofreciéndoles ricos presentes: incienso como a Dios, oro como a rey y mirra como humano.

Pastoralmente la estrella debe ser un reclamo para contemplar el misterio de la Navidad a partir de la Noche Buena: Cristo, Sol que ilumina toda oscuridad y vence todas las tinieblas. Debe colocarse a partir del día 25, fiesta de la Natividad del Señor. La cabalgata de reyes debe hacerse en la víspera de la Epifanía. Los aguinaldos a los niños (“los reyes”), según tradición cristiana española, han de hacerse en esa misma noche.

Sin olvidarnos de la novena de la Inmaculada y del Retiro Espiritual de Adviento

El retiro se está recuperando en algunas comunidades parroquiales, en muchas comunidades religiosas y en grupos, movimientos y asociaciones. La novena de la Inmaculada tiene su puesto de honor en el Adviento. Una idea fuerte debe tensionar estos actos: la venida del Señor. Cristo ya vino, viene y vendrá al final de los tiempos.

Tiempo oportuno para celebrar el retiro de Adviento: el sábado anterior al primer domingo de Adviento, en las vísperas de la fiesta de la Inmaculada, o en la proximidad de la fiesta de la Natividad; la novena de la Inmaculada en el tiempo que le corresponde. Pero también se debe dedicar algún tiempo a una breve celebración penitencial.

¡MARANATHA! - ¡VEN, SEÑOR JESÚS! AMÉN

Oraciones de la Misa del ciclo de Navidad y Epifanía

D. José Manuel Villar Suárez, C.M.



Introducción General

Comenzamos esta breve reflexión, recordando que el *Tiempo de Navidad*, se articula en torno a dos grandes fiestas: **Natividad del Señor y Epifanía**. En este tiempo contamos también con otras fiestas en dependencia del día de Navidad, en su Octava, *el 1 de enero, Santa María Madre de Dios y el primer domingo de Navidad, la Sagrada Familia*. Así mismo la Epifanía, que se extiende como tiempo navideño hasta el domingo siguiente en el que celebramos el *Bautismo del Señor*. Además, es bueno caer en la cuenta que, este tiempo de Navidad *tiene una proyección universal y ecuménica*, porque esta doble dimensión del misterio del Nacimiento del Señor se celebra y se intercambia, allá por el siglo IV, entre Oriente y Occidente.

Asimismo recordamos que las oraciones de la Misa se dividen en dos grandes bloques. Por una parte, la llamada **eucoología mayor**: la integran *las plegarias eucarísticas con los prefacios, parte variable de alabanza anamnética en las plegarias I, II y III*; por otra parte, la **eucoología menor**: la integran *la oración colecta, que concluye la parte introductoria de la Misa, la oración sobre las ofrendas que cierra la preparación de los dones y la oración después de la comunión, con la que termina la liturgia eucarística*.

Contenidos de las oraciones de este tiempo

Después de este breve recuerdo, presento de forma concisa los *contenidos fundamentales* de estas oraciones. Pretendo así, que cuando las pronunciemos o escuchemos, las hagamos personales para un mayor fruto espiritual, ya que siempre son escuchadas por Dios, en nombre de su Hijo Jesucristo por el Espíritu Santo. El actual Misal de Pablo VI contiene tres prefacios de Navidad, que se pueden rezar indistintamente, y uno para la Epifanía. En ellos se condensa el contenido de las oraciones de estos días. El *prefacio I de Navidad* lleva por título: **Cristo, Luz del mundo**. El *tema de la luz* se convierte en una línea transversal de toda la fiesta de la Navidad. Sin entrar en el debate de las coincidencias o no, Cristo es el verdadero *Sol invictus*. Dirá san Lucas: *El sol que nace de lo alto*. Por eso, este prefacio alaba al Padre porque en Cristo se ha manifestado la luz divina, en el *receptáculo* de su carne. La *salvación como iluminación*, pero no como una revelación solo cognitiva, sino como un ser atravesado por la luz. De tal forma que, san Pablo, no duda en afirmar: *...antes erais tinieblas, pero ahora sois luz*. Un gran misterio que *desborda toda previsión, toda expectativa*. Esto es posible porque *Cristo es el Verbo de Dios encarnado*, y esto tiene como consecuencia el que *nosotros podamos buscar y amar los bienes eternos*. Condensada y preciosa la forma de expresarlo: *Porque, gracias al misterio del Verbo hecho carne, la luz de tu gloria brilló ante nuestros*



ojos con nuevo resplandor, para que, conociendo a Dios visiblemente, él nos lleve al amor de lo invisible.

El *prefacio II* de Navidad lleva por título: **La restauración del universo en la Encarnación**. Comienza afirmando la actualidad del acontecimiento. Es decir, no estamos ante un hecho acabado, sucedido y hoy recordado. *Es un hecho presente* en virtud de la soberanía de Cristo sobre el tiempo. Todo parece imposible, pero se hace posible, como es posible que el Unigénito Hijo de Dios, eternidad de ser, se haga temporal. *Y el Verbo se hizo Carne*, con un objetivo: *restaurar el universo entero, porque las consecuencias del pecado han sido cósmicas*. Es decir, llevar a la humanidad al reino de los cielos, hacernos partícipes de la vida divina. Caigamos en la cuenta y meditemos lo que pronunciamos: *Porque en el misterio santo que hoy celebramos, el que era invisible en su naturaleza se hace visible al adoptar la nuestra; el Eterno, engendrado antes del tiempo, comparte nuestra vida temporal para reconstruir todo el universo al asumir en sí todo lo caído, para llamar de nuevo al reino de los cielos al hombre descarriado.*

El *prefacio III*, se titula: **El intercambio realizado en la Encarnación del Verbo**. En los intercambios se procura que todas las partes salgan beneficiadas, se intenta correr el menor riesgo posible. Aquí los riesgos han sido extremos y una de las partes salió inicialmente mal parada. Pero solo inicialmente porque en virtud de la confrontación entre la *inocencia del Hijo* y el *pecado de la humanidad* recibimos el perdón, la redención y la salvación. Un intercambio del que la humanidad sale muy beneficiada. Una humanidad abocada a la muerte, que al ser asumida por el Verbo del Padre, desencadena sobre todos los que se acojan a él, una potencia de eternidad. *En Jesús se une lo humano y lo divino*. De nuevo la **insistencia de ese hoy** de eternidad que ha comenzado en la Encarnación y se ha hecho realidad en la Pascua. La precisión es máxima a la hora de explicitarlo así: *Por él, hoy resplandece el maravilloso intercambio de nuestra redención: porque al asumir tu Verbo nuestra debilidad, no sólo asume dignidad eterna nuestra naturaleza humana, sino que esta unión admirable nos hace a nosotros eternos.*

El *prefacio de Epifanía* vuelve sobre el tema de la Luz, pero en una perspectiva universal, el título es: **Cristo, Luz de los pueblos**. Comienza de forma rotunda: **hoy**. Así, de forma tan concreta, se expone la actualidad del misterio de la salvación que porta al mundo el cristianismo. Esta *concisión y precisión* tan propia de la liturgia cristiana señala que el hecho de la Encarnación tiene una proyección universal. Por esto mismo no habla solo de carne sino de *nuestra carne*. La obra de la Salvación es personal y comunitaria, está dirigida a todos, sea cual sea su idiosincrasia, identidad cultural, época o circunstancias. Esa salvación conlleva una renovación que brota de la misma inmortalidad del Hijo que afecta a su santísima humanidad y de ella se expande por nuestra comunión con él a los suyos. Recordemos y oremos las palabras del prefacio: *Porque hoy has revelado en Cristo, para luz de los pueblos, el verdadero misterio de nuestra salvación; y al manifestarse Cristo en nuestra carne mortal nos renovaste con la gloria de su inmortalidad.*

Concluimos

En estas pocas líneas podemos caer en la cuenta de la necesidad que tenemos de *conocer mejor toda la gran riqueza de las oraciones* de nuestra liturgia. En ellas se nos invita a reconocer la *apuesta-intercambio* que hace Dios con la humanidad y, a la vez, nos ayuda a valorar lo que somos, nuestra pequeñez y nuestra debilidad, para ponerla en manos de Dios por medio de este Niño que nace, signo por excelencia donde se realiza la presencia de Dios en medio de su pueblo: el Emmanuel, el *Dios-con-nosotros*. No puede haber *Navidad sin un corazón humilde y agradecido que acoja, a modo de nuevo pesebre, el don de Dios*. Todo este contenido se condensa en las oraciones de este tiempo. Si fuésemos capaces de comprenderlo y “hacerlo nuestro”, posiblemente no se darían los abusos litúrgicos que se producen con frecuencia porque, creemos, que nosotros *sabemos más o nos hacemos entender mejor* para acabar privándonos y privando a la comunidad que celebra, de la gran riqueza de la que disponemos y se nos ofrece en los textos litúrgicos. Creo que un buen regalo de Navidad sería *conocer mejor y orar más* nuestros textos oracionales de tal forma que podamos corresponder con mayor adoración y acción de gracias a tan gran amor y tan grandes beneficios.

¡Feliz Navidad!

El año santo de san José: apuntes para avivar la espiritualidad



D. Jorge Juan Pérez Gallego

Introducción

Tenemos la gran suerte de vivir con frecuencia acontecimientos y períodos de gracia que el Señor nos regala a través de la Iglesia para nuestra maduración cristiana, crecimiento espiritual y santificación. Uno de estos acontecimientos es el Año de san José, así como el Año Santo Compostelano o el Sínodo Diocesano y el Sínodo *por una iglesia sinodal* que estamos viviendo. Todos estos momentos de gracia para la Iglesia y para cada uno de los fieles tenemos que acogerlos con un profundo agradecimiento y generosidad personal para evitar un *consumismo espiritual* que produciría el efecto contrario al deseado.

Con este breve apunte, sirviéndome de la reflexión de los papas, quisiera ayudar a *detenernos* en la persona de san José.

Un “Año Santo de san José”

San José es una figura querida y cercana para el corazón del pueblo de Dios, y para perpetuar la dedicación de toda la Iglesia a su patrocinio, el papa Francisco estableció que, desde el 8 de diciembre de 2020 y hasta el 8 de diciembre de 2021, se celebrara un Año especial de san José, en el que cada fiel, siguiendo su ejemplo, pudiera fortalecer diariamente su vida de fe en el pleno cumplimiento de la voluntad de Dios.

La proclamación de este año coincide con el 150º aniversario de la proclamación de san José como patrono de la Iglesia universal, pero la motivación de fondo del papa Francisco es proponer nuevamente a los ojos de los fieles el ejemplo y la intercesión de san José. El papa san Juan XXIII ya se hizo eco, con la Carta apostólica *Le voci* (1961), de la necesidad de fomentar su devoción, reconociendo que san José, fuera de algún resplandor de su figura que aparece aquí o allá en los escritos de los Padres, permaneció durante siglos y siglos en su ocultamiento característico, casi como figura decorativa en el cuadro de la vida del Salvador.

Apuntes para una espiritualidad “josefina”

Pío IX afirmó que san José es la más segura esperanza de la Iglesia, después de la Santísima Virgen. La meditación sobre su itinerario humano y espiritual nos invita a apreciar la grandeza de su vocación y del modelo que él representa para todos los cristianos, ya que él fue un laico consagrado a Dios, esposo y con una vocación singular a la paternidad.

- **Hombre justo.** San José era un hombre que buscaba a Dios y quería cumplir su voluntad, por eso aceptó unirse a esa historia que Dios había comenzado a escribir en el seno de su esposa, María. Vivió a la luz del misterio de la Encarnación, no sólo con una cercanía física, sino también con la atención del corazón que busca a Dios. Es un hombre justo, porque su vida está «ajustada» a la Palabra de Dios.



- **Esposo de María.** San José fue el castísimo esposo de María, ofreciéndonos un ejemplo de amor en el que todo cristiano ha de mirarse. La amó con ese gran respeto que es el sello del amor auténtico. San José nos enseña que se puede amar sin poseer. Al contemplarle, cualquier hombre o mujer, con la gracia de Dios, puede ser llevado a la superación de sus dificultades afectivas. Su matrimonio con María fue un acontecimiento humano, pero determinante en la historia de salvación de la humanidad, en la realización de las promesas de Dios, que los dos aceptaron con humildad y confianza.
- **Hombre de fe.** san José se fía de Dios y coopera en su plan de la salvación. Confiarse a Dios no significa ver todo claro según nuestros criterios, no significa realizar lo que hemos proyectado; confiarse a Dios quiere decir vaciarse y renunciar a uno mismo, porque sólo quien acepta perderse por Él puede como san José conformar su propia voluntad a la de Dios y así realizarse plenamente. José es el hombre que ha dado a Dios la mayor prueba de confianza.
- **Custodio de la Sagrada Familia de Nazaret.** Fue el esposo de María y el padre putativo de Jesús, a ellos se dedicó con gran amor y solicitud, cuidándolos diariamente desde la humildad y en el silencio. Es modelo para los padres de familia.
- **Exiliado.** José tiene que dejar su tierra con su familia, de prisa, para cuidar de Jesús cuando era amenazado, y en las miserias del viaje y en la amargura del exilio fue siempre la compañía, la ayuda y el apoyo de la Virgen y de Jesús. Se trata de otra prueba en la que se le pide plena fidelidad al proyecto de Dios. Quien está en peligro o sufre por cualquier motivo, el que tiene que huir o experimenta el rechazo y el abandono, puede refugiarse en san José y encontrar un ejemplo y amigo.
- **Obrero.** San José pasó su vida trabajando en su taller de Nazaret, y ganó con la fatiga del artesano el necesario sustento para su familia, enseñándonos que el trabajo lleva unida a sí la virtud; y mostrándonos que el trabajo se integra como una dimensión vital de la propia vocación.

San José, testigo de la fe

San José tuvo que sentir aquellas misteriosas palabras de Jesús: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?*” (Lc 2,49). Preguntas que revelan el misterio de la paternidad de José. Jesús afirma la primacía de la voluntad de Dios, y revela a José la verdad profunda de su papel: también él está llamado a ser discípulo de Jesús, dedicando su existencia al servicio del Hijo de Dios y de la Virgen Madre, en obediencia al Padre. Con su vida, san José es testigo de la obediencia de la fe que todo cristiano ha de servir. En él no hay separación entre fe y acción. Su fe orienta de manera decisiva su acción. Paradójicamente, es actuando, asumiendo por tanto las propias responsabilidades, como mejor se aparta él, para dejar a Dios la libertad de llevar a cabo su obra, sin interponer obstáculos.



Atreverse a ser comunidad según el Evangelio



D. Xosé Manuel Domínguez Prieto

El tiempo de Navidad, incluso para los paganos, es identificado como un tiempo de y para la familia. En este contexto, cabe recordar que el 19 de marzo de 2021, la Iglesia celebra 5 años de publicación de la exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, que trata sobre la alegría y belleza de la familia. Por eso, en ese mismo día, el papa Francisco inauguró el Año de la Familia a la luz de la *Amoris Laetitia*.

Este documento no ignora que la familia, como comunidad natural creada por Dios, está hoy amenazada gravemente por un entorno cultural contrario: estilo de vida individualista en la que el deseo del sujeto es la ley absoluta, debilitándose así los vínculos, ritmo de vida desmesurado, organización laboral incompatible con la familia, inmadurez personal que hace incomprensible el compromiso y la donación (Cfr. *Amoris Laetitia* 33), cultura de lo provisional que favorece las rupturas o las uniones libres, pérdida de comunicación por hipertrofia de las redes sociales, precariedad laboral y económica, inmadurez afectiva, incapacidad para afrontar crisis, promoción social de formas de unión homoalternativas, ausencia del padre, (Cfr. *Amoris Laetitia* 33-41), pasividad social, absolutización del bienestar, el ocio, cultura productivista y consumista incompatible con la lógica del don propia de la familia...

Justo por eso, la familia ha de ser promovida, protegida como bien en sí. Y, por eso, conviene conocer, propagar y experimentar que la familia, como comunidad natural, no sólo no está en crisis sino que es el antídoto ante tanta fuerza antipersonal. Y, bajo la perspectiva de la evangelización, es la familia la llamada a evangelizar a la familia. Son las familias las que con testimonio y palabra han de hablar de Jesús a los hijos y a los demás (*Amoris Laetitia* 184). La familia es el principal sujeto de la pastoral familiar. Pero no basta una incorporación genérica y nominal de la preocupación por la familia en los proyectos pastorales (*Amoris Laetitia* 200). Hace falta, como centro de la actividad evangelizadora, volver a hacer el primer anuncio en familia. Toda formación cristiana es profundizar en el Kerygma (*Amoris Laetitia* 58). Por eso, y a la luz del Sínodo ha quedado muy claro que este es el camino para los próximos años, conviene que se haga un esfuerzo consciente, intenso y decidido a favor de una *pastoral familiar* fuerte, presente, dinámica, con parresía, con ilusión.

La Exhortación *Amoris Laetitia* afirma, con contundencia y reiteradamente, que la Iglesia ha de aportar *espacios de acompañamiento y asesoramiento* sobre el amor, la superación de conflictos y la educación (*Amoris Laetitia* 38), pero también, responsables pastorales y grupos enteros dedicados a acompañar parejas, unidas sólo civilmente o en meras uniones naturales, para hacer un acompañamiento hacia el matrimonio. La pastoral familiar está llamada a ser el eje de la pastoral diocesana, si queremos una pastoral no clerical ni limitada al mantenimiento 'de lo que hay'. Tras la pandemia queda claro que nuestra evangelización o es en salida o no será. La Pastoral Familiar ha de ser una Pastoral que promueva en todos los niveles el vínculo, la comunidad, la maduración en el amor y el acompañamiento en las crisis. No basta alguna charla doctrinal o espiritual, hacen falta caminos prácticos, acompañamiento personalizado, muchas energías y muchos medios. La *Amoris Laetitia* afirma que el desafío de la Pastoral Familiar comienza por mostrar que el matrimonio no es algo acabado sino una tarea creativa, un proyecto. Y eso parte de enseñar los lenguajes del amor, descubrir la riqueza de la vida matrimonial. Y, luego, la importancia de los abuelos, de la comunicación con los hijos, del cuidado de lo común, de la transmisión de la fe...

Sin embargo, que queramos promover la familia y el matrimonio no significa que haya que promover cualquier tipo de relación o familia. Lo que nosotros promovemos es una familia como comunidad de personas. Y eso sólo será posible si las propias comunidades cristianas son comunidad ¿Cómo es el tipo de comunidad que queremos? Esto compete, pues, tanto a la comunidad eclesial como a la familiar. ¿Qué comunidad queremos? (referido tanto a la familia como a la propia comunidad eclesial):

- ✓ Queremos comunidades (familiares, eclesiales) en la que cada uno de sus componentes descubre a los demás como personas y las trata como tal. El centro es el otro. Cada uno siente la alegría



de vivir para otros y no para sí. Por tanto, la actitud básica nunca será la crítica al hermano, ni la envidia, ni la reivindicación, ni la crítica al distinto ni la suspicacia o desprecio al extranjero (¡cuántas energías perdemos laicos y sacerdotes en nuestra Diócesis a causa de estas actitudes antievangélicas!).

- ✓ Queremos comunidades (familiares, eclesiales) que estén al servicio de las personas y su vocación. La comunidad, es decir, cada familia, cada parroquia, cada grupo de los diversos movimientos religiosos, la comunidad de los sacerdotes, no pueden estar nunca cerradas en sí, de modo autocomplaciente, sino siempre abiertas a promover la vocación de los demás y el bien común.
- ✓ Queremos comunidades (familiares, eclesiales) que posean un proyecto de vida en común, una vocación comunitaria. En concreto, la comunidad cristiana está llamada a dejar de ser ritualista, moralista, tradicionalista, particularista (yo soy de la parroquia X, yo soy del Camino, yo soy de la Obra, yo soy de los ENS, yo soy de...) para recuperar la experiencia del acontecimiento cristiano: abrirse a la salvación de Cristo, a la presencia de Cristo y, desde ahí, a su anuncio. Este es, o debiera ser, nuestro principal plan y proyecto común, nuestra *koiné*.
- ✓ Queremos comunidades (familiares, eclesiales) en que los intereses y los bienes particulares han de ser conjugados y moderados en función del bien común.
- ✓ Queremos comunidades (familiares, eclesiales) que se construyan sobre las actitudes de *acogida* y *donación*. Queremos acoger al niño que nace, al anciano, al emigrante que llega a nuestras tierras, al que comete errores, al indigente, a la mujer maltratada. Los niños no son una molestia, los ancianos no son una carga, los emigrantes no son “panchitos” ni “negratas” ni “sudacas” que vienen a quitarnos lo nuestro, ni los indigentes son vagos y pícaros, ni la mujer maltratada es un problema. Son nuestros hermanos preferidos, a los que tenemos que acoger con preferencia y darnos a ellos.
- ✓ Queremos comunidades (familiares, eclesiales) con capacidad profética, crítica, de anuncio, que no respondan a los criterios ni estilos de vida economicistas y pragmatistas que alienan a las personas. Por tanto, su estilo de vida será austero, al servicio de la promoción de las personas. Más allá de lo solidario, generoso, hacia dentro y hacia fuera. Hay que poner a disposición de los pobres y de la evangelización el dinero, del tiempo y los propios dones, y dejarnos de especular para obtener beneficios. ¿No hemos ya escarmentado? De este modo, cada comunidad eclesial, cada matrimonio y cada familia, viviendo con conciencia de su vocación y de su vinculación a Cristo será luz en este mundo.

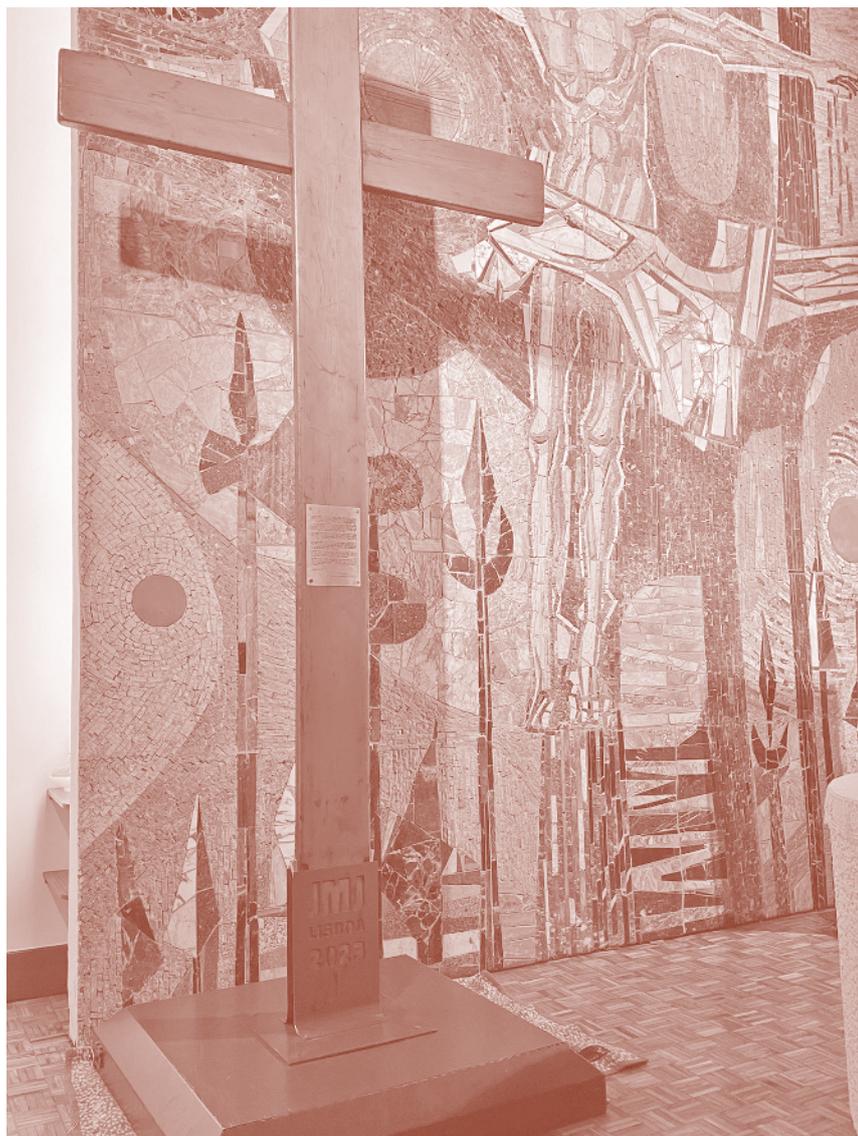
Avivar la pastoral con jóvenes: por Santiago hacia Lisboa

D. David Muñoz Quintáns y D. Francisco López Gómez



En los últimos años venimos escuchando en muchas ocasiones y a mucha gente, que la juventud está perdida, que no tiene preocupación por el futuro, que vivimos en la generación de los “ninis” (ni estudian ni trabajan); estas afirmaciones y calificativos se han generalizado e incrementado mucho en los últimos meses de postpandemia, con la relajación de las medidas sanitarias y apertura del ocio nocturno, a finales del verano, debido al aumento del vandalismo, las peleas y altercados que cada fin de semana se reproducían en las calles y plazas de las ciudades de nuestro país.

También es cierto que es muy conocido el dicho de que “pagan justos por pecadores” y en este caso, creo que nos viene como anillo al dedo, ya que las generalizaciones en muchas ocasiones no son reflejo de la realidad. La conducta, completamente sancionable, de algunos jóvenes de nuestros días, no puede extenderse a la juventud en general. La gran mayoría de los jóvenes de nuestra sociedad estudia con la intención de estar lo mejor formados posibles, para desarrollarse en un mundo que es competitivo de raíz, otros tratan de trabajar con la finalidad de adquirir la experiencia que se les pide ya desde los inicios, son jóvenes de hoy preocupados por los problemas actuales por los que pasa nuestro mundo, siendo la juventud, la que en ocasiones da lecciones a los más mayores, y todo ello en un mundo que no se lo pone fácil, en una sociedad que no apuesta de verdad por la juventud, aunque en muchas ocasiones se gloríe de hacerlo.



¿Podría ser que los jóvenes de hoy estén más encontrados que nunca, pero no se les dé cancha para su desarrollo? Cada generación es un mundo, y cada generación es revulsiva y revolucionaria respecto de la anterior; sin embargo, se intenta encasillar a la juventud dentro de una sociedad en movimiento y que queremos que avance, pero poniendo trabas, porque los cambios nos dan miedo, le dan miedo al mundo de hoy ¿Da miedo escuchar a los jóvenes?

Si nos trasladamos al ámbito concreto de la Iglesia, quizás nos esté sucediendo algo muy similar. Reiteramos una y otra vez: *los jóvenes viven apartados de la Iglesia, los jóvenes viven al margen de la fe...* pero, ¿nos hemos planteado de verdad la razón de que esto suceda? Quizás también nosotros tratemos de encasillar a los jóvenes de hoy, a los “millennials”, con métodos y proyectos evangelizadores que han dado muchos frutos en el pasado, pero que pueden resultar poco atractivos en el momento presente. Jesús anunció el

Reino de Dios con un método y un lenguaje que entendían aquellos a los que pretendía llegar, y eso es lo mismo que debemos intentar nosotros dos mil años después.

Los jóvenes del año 2021 viven en el mundo virtual de las redes sociales, un mundo en el que es muy necesario que se introduzca la Iglesia también, para estar realmente presentes en la sociedad, en una sociedad que necesita a la Iglesia porque tiene sed de Dios, anda en su busca, pero no lo encuentra, porque discurren por caminos distintos. Dice el número 45 del Documento Final del Sínodo de los Obispos sobre los Jóvenes que *las generaciones jóvenes tienen una forma de acercarse a la realidad que presenta rasgos específicos. Los jóvenes piden ser acogidos y respetados en su originalidad.*



En los últimos años han surgido en el mundo cristiano, y de forma concreta también en España, muchas formas de nueva evangelización que están dando muchos frutos en la pastoral juvenil: Retiros Effetá y Emaús, Una Luz en la Noche, Cenas Alpha, Life Teen, Seminarios de Vida en el Espíritu, Hakuna... Nuevas formas de acercar a Jesús y el mensaje del Evangelio a los jóvenes del siglo XXI. Es cierto que al hombre por naturaleza le cuestan los cambios, pero como sacerdotes, religiosos, profesores, agentes de pastoral... debemos estar dispuestos a dar este paso, porque Jesús dio un mandato, *id al mundo entero y proclamad el Evangelio* (Mc 16,15), pero no indicó la forma concreta de llevarlo a cabo. Por ello debemos pensar si estamos dispuestos a dar este paso o preferimos seguir viviendo de lamentaciones mientras quedamos mirando como los jóvenes pasan por delante de las puertas de nuestras iglesias sin la posibilidad de tener un encuentro con Jesús.



En este curso pastoral en el que nos encontramos, tenemos la oportunidad de que los jóvenes de nuestra Diócesis participen como voluntarios en uno de los actos centrales del Año Santo Compostela 2021-2022, en la PEJ (Peregrinación Europea de Jóvenes) que tendrá lugar en Santiago de Compostela el próximo verano, concretamente la primera semana de agosto. Una ocasión para que nuestros jóvenes vean y experimenten que no están solos, que son muchos los jóvenes que viven su fe sin vergüenza, porque viven enamorados de Cristo. Lo mismo sucederá un año después, en agosto de 2023 en Lisboa, en la Jornada Mundial de la Juventud.

Son dos oportunidades que no podemos dejar escapar, otro tren, con dos vagones, como este veremos cuando vuelva a pasar tan cerca de nosotros; por ello debemos tratar de invitar a nuestros jóvenes a unirse a esta aventura que no olvidarán, no pongamos excusas de que no tenemos jóvenes en nuestras parroquias o comunidades, o que son pocos... con uno o con dos ya se puede hacer mucho. Por eso vivamos ilusionados por los jóvenes y con los jóvenes que son el

ahora de Dios, trabajemos con ellos, pero ante todo acompañémoslos, hoy en día los jóvenes están más acompañados que nunca, sin embargo, los jóvenes nunca han estado tan solos como los de hoy. Intentemos que cada joven no camine solo, favorezcamos el encuentro personal con Cristo.

Somos conscientes de que todos tenemos muchas tareas y labores que se nos encomiendan, pero no podemos dejar de lado la pastoral juvenil que es el presente y el ahora de la Iglesia, no invitemos solo a los jóvenes a participar de las actividades que se organizan para ellos, sino que tratemos de acompañarlos y compartirlas con ellos.

A catequese de nenos hoxe



D. Manuel Rodicio Pozo

Veu a covid-19 e todo se detivo: a catequese de nenos non foi unha excepción. Truncou o curso 2019-2020 que rematamos como puidemos. Cando chegou o curso 2020-2021, empezamos con medo e as circunstancias máis desfavorables impuxéronse. Foi unha etapa especialmente difícil na que parecía que nada era posible.

Nese contexto apareceu unha pequena luz: [#CatequeseComezaNaCasa](#). Nacera como proxecto pensado para implicar as familias e complementar o traballo da parroquia, pero ante as dificultades cada vez maiores, pasou a ser a única catequese posible.

Rematado o curso e coas limitacións que tiña este formato, dicimos que [#CatequeseComezaNaCasa](#) acabou sendo unha bendición. Moitos pais e nais implicáronse coma nunca.

E agora atopámonos cun novo curso 2021-2022, co lema: [#CatequeseComezaNaCasa... e continúa na Parroquia](#). Con isto queremos subliñar que ambos polos son necesarios. Non queremos perder a experiencia de implicación das familias, pero debe ser complementada cunha exposición máis orgánica unida á vida comunitaria, na parroquia.

Dificultades e tentacións do tempo presente

O *Directorio para a catequese* destaca que todo proxecto catequético ha de estar inspirado no antigo catecumenado. Polo tanto ha de ter unha serie de características: pascual, iniciático, litúrxico, ritual e simbólico, comunitario, de conversión permanente e progresivo (DC 64).

Todos aceptamos como ilusionante a proposta, pero chocamos coa realidade: no mundo rural, nas parroquiñas espalladas pola nosa Diocese, hai un ou dous nenos por parroquia e unha comunidade formada por media ducia ou, cando hai sorte, ducia e media de persoas maiores onde é case imposible unha catequese como pide o Directorio.

Que facer ante tal realidade? A tentación é abandonar... ou refuxiarse no que se fixo o ano pasado, convertendo [#CatequeseComezaNaCasa](#) na catequese normal.

Vale esta resposta? Non debere valer porque se queda moi corta. Recordemos que o proxecto [#CatequeseComezaNaCasa](#) naceu con vocación de complementariedade e que non debere converterse no único modo de Catequese de Iniciación Cristiá.

Identidade da Catequese

O *Directorio da Catequese* di: *No centro de todo proceso de catequese está o encontro vivo con Cristo. O fin definitivo da catequese é poñer a un non só en contacto senón en comunión, en intimidade con Xesucristo: só El pode conducirnos ao amor do Pai no Espírito e facernos partícipes da vida da Santísima Trindade* (DC 75).

Polo tanto, *trátase dun itinerario pedagóxico, ofrecido a través da comunidade eclesial, que conduce ao crente ao encontro persoal con Xesucristo a través da Palabra de Deus, da acción litúrxica e a caridade, integrando todas as dimensións da persoa, para que creza na mentalidade da fe e sexa testemuña da nova vida no mundo*” (DC 65 que cita a CT 5).

E por se houbese dúbidas, di noutro lugar: *Non se pode, por tanto, pensar a catequese só como preparación para os sacramentos* (DC 96).

A finalidade da Catequese é facer cristiáns no sentido estrito da palabra, que se encontren con Xesucristo e se deixen ganar por El, como ben o expresaba san Paulo: *Para min a vida é Cristo* (Flp 1,21). E como consecuencia deste encontro e para mantelo vivo, dar o paso a unha vida nova e transformadora da realidade.

É este o ideal no que nos movemos? Pomos todos os medio ao noso alcance para que isto sexa posible?

Con pena debemos recoñecer que hai moitas familias que piden a catequese para os seus fillos soamente para facer a festa da Primeira Comunión.

A importancia da Comunidade para a Catequese

Preguntámonos agora polo papel que está chamada a ter a comunidade cristiá no proceso catequético.

Buscamos novamente a resposta no *Directorio para a Catequese*.

«A comunidade cristiá é a orixe, o lugar e a meta da catequese. Da comunidade crente nace sempre o anuncio do Evanxeo, convidando a homes e mulleres a converterse e seguir a Xesucristo. E é esa mesma comunidade a que acolle a aqueles que desexan coñecer ao Señor e empeñarse nunha vida nova» (Cfr. **DGC,254**) ... Nesta realidade comunitaria, onde se fai unha experiencia concreta da misericordia de Deus, tamén se fai posible o exercicio da acollida e do perdón mutuos... Por tanto, [é] o lugar por excelencia... o ambiente natural no que se aprende e se vive a vida de fe. (DC 133)

A Iniciación Cristiá nunca pode perder de vista esta realidade. Sen comunidade cristiá non hai posibilidade de catequese. Podemos dicilo doutro xeito: a catequese é unha oferta da Igrexa. O catequista é un enviado desa Igrexa. Ninguén pode arrogarse ese título. E o fin da iniciación cristiá e a participación na vida da Igrexa e a transformación do mundo. Isto explíctase na participación activa na Liturxia e no compromiso caritativo social.

O Directorio repite a mesma idea moitas veces. Subliñemos unha onde di que o párroco é o primeiro catequista da comunidade parroquial. E, entre as súas tarefas está *coidar o vínculo entre a catequese, a liturxia e a caridade, dando importancia ao domingo como día do Señor e da comunidade cristiá* (DC 116b).

Dáse esta vinculación na nosa proposta catequética?

Reducir a catequese a un aprendizaxe intelectual ou, no mellor dos casos, a unha experiencia individual, é un dos grandes perigos do material **#CatequeseComezaNaCasa** que ten elementos moi valiosos, pero fáltalle unha dimensión fundamental. Por iso recalcamos ... e **continúa na Parroquia**.

Dito isto, abrimos un novo escenario.

Basta que os catequizandos reciban a Catequese na comunidade parroquial?

A realidade tan cativa das nosas parroquias rurais fai moi desexable que a catequese se faga en contacto con outros e nunha comunidade onde se manifesten con certa claridade os distintos ministerios dunha Igrexa normalmente constituída. É dicir, que os catequizandos podan percibirse formando comunidade plural onde haxa celebracións litúrxicas vivas con participación dos fieis, e onde a caridade teña unha estrutura visible.

Penso que cando falamos de **centros e liturxias de referencia**, referímonos a isto precisamente. Non só lugares onde se celebra unha Misa, senón comunidades que falan coas obras.

Polo tanto é moi desexable que demos pasos firmes á catequese interparroquiais ou arciprestais onde os catequizandos non so optimicen recursos, senón onde teñan unha experiencia viva da **Igrexa comunión**.



Crónica da recta final do Sínodo Diocesano



D. Néstor Álvarez Rodríguez

Cando fai máis dun ano irrompeu nas nosas vidas a pandemia, en Ourense estabamos celebrando xa as sesións da Asemblea Sinodal, que encaraba a súa recta final a falta de só tres sesións e a Clausura. A covid-19 trastocou os plans de todos nos distintos ámbitos da nosa vida, e tamén, loxicamente, á marcha do Sínodo Diocesano. Durante os últimos meses de 2020 e os primeiros de 2021, en lugar de celebrar as sesións da Asemblea Sinodal previstas, o que se fixo foi asimilar esta nova situación e traballar, reflexionando de maneira individual pero con unhas directrices comúns e unha posta en común do traballado, sobre o impacto da pandemia na pastoral diocesana, para incorporar esta situación ás conclusións do Sínodo, algo que loxicamente é ineludible, xa que as cosas mudaron moito nestes meses. Analizouse o impacto da pandemia na pastoral da nosa Igrexa, e debuxouse un panorama e un futuro adaptado ao que estamos vivindo.

Unha vez que as circunstancias sanitarias o permitiron, retomáronse as sesións da Asemblea. Primeiro combinando o formato telemático co presencial, cos sinodais reunidos por arceprestados, os días 29 de maio para reflexionar sobre o Documento do impacto da pandemia na pastoral diocesana e o 3 de xullo para concluír as sesións sobre o Documento dedicado á celebración da fe. Logo, xa no novo curso pastoral, puidéronse retomar as sesións de xeito totalmente presencial os días 25 de setembro e 16 de outubro para tratar o Documento sobre o anuncio e educación na fe.

Sesión sobre o impacto da covid-19 na Pastoral diocesana

D. Francisco Pernas, relator do Documento, indicou que a pandemia manifestou o gran desequilibrio territorial, con unha presenza asimétrica da Igrexa e a dificultade de sostemento de moitas comunidades parroquias. Manifestou que ante esta realidade é necesaria a posta en marcha dunha pastoral orgánica, que esixe unha auténtica *conversión pastoral*, e que se expresa dun modo concreto na creación e posta en marcha das Unidades de atención Parroquial. Ademais é preciso seguir apoiando o labor dos fogares como *igrejas domésticas*, sacar máis partido ás TICS e potenciar a creatividade. Sobre a caridade e presenza social da Igrexa subliñou que é inevitable repensar o papel do laico na vida e misión da Igrexa e o seu compromiso temporal. Partindo das propostas aprobadas na Asemblea Sinodal e as aportacións recibidas neste tempo dos sinodais indicou que urxe formar aos laicos con procesos sinxelos, motivar a participación dos mozos a través de lugares e experiencias para o encontro, poñer de manifesto o labor da Igrexa, superar o clericalismo e fortalecer a corresponsabilidade dos laicos.



As intervencións dos sinodais resaltaron a alegría por poder retomar as sesións da Asemblea Sinodal, ao tempo que recalcaron a necesidade de que os laicos asuman as funcións que lles corresponden polo bautismo na vida da Igrexa, e a necesidade de potenciar as TICS como medio de evanxelización e formación.

Sesión sobre a celebración da fe

D. Raúl Alfonso, relator do Documento, comezou a súa exposición recordando o traballo realizado ata o momento. Indica que o Documento *Unha liturxia viva para unha Igrexa gozosa* xa fora traballado polos Círculos menores da Asemblea Sinodal na sesión do 15 de febreiro de 2020, e reelaboráranse as propostas coas aportacións dos mesmos. A continuación mostrou brevemente a realidade da celebración dos sacramentos, o domingo e a piedade popular na nosa Diocese. Finalmente presentou as propostas a debate, sinalando que ademais das reelaboradas coas aportacións dos Círculos menores recóllense as recibidas no tema correspondente á liturxia dedicado no Documento sobre o impacto da covid-19 na pastoral diocesana.

As intervencións dos sinodais ademais de centrarse nas propostas concretas presentadas, indicaron que é importante coidar a celebración do Sínodo e a mesma sinodalidade na vida da Igrexa.

Sesións sobre o anuncio e educación na fe

Na primeira xornada, o relatorio comezou coa intervención de D. Jesús Ramírez, membro da Comisión Técnica, que comezou remarcando que o anuncio da fe nace dunha conversión persoal froito da experiencia de encontro con Cristo e, que só dende esa experiencia, se pode comunicar aos demais. A continuación D. Xosé Manuel Domínguez, relator do Documento, indicou cales serían as bases para realizar o primeiro anuncio: presenza (saír ao encontro), testemuño (anunciar o que se vive), acompañamento (camiñar ao paso do outro), confrontar coa Palabra, promover experiencias e dialogar. A continuación, o traballo dos Círculos menores incidiu na necesidade de utilizar todos os medios dispoñibles para facer chegar o anuncio do Evanxeo aos máis posibles, a importancia de ter medios para o acompañamento no crecemento na fe, na familia, na escola, a parroquia e outros ámbitos; e a necesidade de renovar a catequese tanto en métodos como en persoas.

Na segunda xornada, debatéronse as propostas que buscan dar resposta á necesidade de anunciar a Boa Nova de Xesucristo nunha sociedade que deixou de ser cristiá e na que moitos viven á marxe do Evanxeo ou directamente o descoñecen; de renovar os procesos de iniciación cristiá e catequese para poder facer fronte as novas realidades pastorais, de xeito que os catecúmenos non só se inicien e afonden na doutrina, senón tamén na vida e celebracións da Igrexa, así como na súa misión no mundo; de acompañar a mozos e familias para que poidan vivir a fe apoiados e apoiándose na comunidade cristiá; así como de coordinar a acción pastoral dos colexios católicos coa Programación Pastoral Diocesana e coidar a formación dos profesores de relixión.

Mensaxes finais do Sínodo

Ademais das propostas pastorais a Asemblea aprobou as súas mensaxes finais dirixidas aos fieis laicos, aos sacerdotes, os membros da Vida Consagrada e as familias. Neles ánimoase a todo o Pobo de Deus que vive en Ourense a ir abrindo o corazón ás proposicións sinodais e a vivir o camiño da sinodalidade que, como lembra o papa Francisco, é o camiño da Igrexa do terceiro milenio.



La "etiqueta sinodal" de la Iglesia

D. Luis Rodríguez Álvarez

Poner el adjetivo "sinodal" para calificar a la Iglesia debería ser redundante, pero resulta necesario dada la tradición de jugar con las palabras y los términos y no denominar a las cosas por su nombre. Cómo no calificar a la comunidad eclesial como sinodal ya que *el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio* (Papa Francisco). En muchas ocasiones y situaciones que vivimos como comunidad cristiana tenemos esa sensación parecida a la etiqueta del jersey nuevo que pica a rabiarse, que molesta y que nos hace ir corriendo a por unas tijeras para quitarla cuanto antes. ¡Qué alivio cuando se corta! Lo malo es que, una vez que te has desembarazado de ella, pierdes la referencia de la marca y de la composición del tejido que, aunque parezca mentira, en algún momento viene bien, especialmente cuando toca lavarlo.

Algo parecido puede suceder con esa "etiqueta" que lleva la Iglesia desde sus orígenes, desde sus inicios: la sinodalidad. Sin esa marca indiscutible e indispensable no seremos una Iglesia fiel al Evangelio y fiel a Jesucristo. Una marca que nos lleva por un camino no siempre fácil; más bien por senderos costosos y exigentes. Ser Iglesia es ser comunidad que camina junta. No es suficiente tener un sínodo, *hay que ser sínodo*. Para ello es necesario un intenso diálogo e intercambios, un diálogo vivo entre todos los miembros de la familia cristiana y un diálogo abierto a los alejados o decepcionados, a los indiferentes o al margen del universo eclesial. Un diálogo sincero donde se escuche a todos y de todo.

El camino emprendido en nuestra Diócesis con el Sínodo diocesano no termina con su clausura. Ese camino abre perspectivas para ser una Iglesia que peregrina en Ourense con espíritu sinodal; una comunidad diocesana que no puede perder de vista la escucha de todas las voces y así ir haciendo posible una realidad coral, no de solistas. Y esta escucha de todos y de todo no puede dejar de atender a lo que el Espíritu Santo nos va inspirando para unas acciones discernidas. Todo ello supondrá un *nuevo modo de proceder* que se inspira en *tomar consejos y construir consenso*¹ y así idear métodos basados en el diálogo y el discernimiento en común posibilitando la participación de todos en la deliberación y toma de decisiones.

Cuando nos empezamos a poner nerviosos en ambientes o propuestas que nos desinstalan o nos contrarían porque van contra ese mal tan extendido del "siempre se ha hecho así" y sentimos ese sarpullido en la piel, no siempre es bueno ni recomendable alejarse totalmente o desentenderse de lo prioritario o urgente en este tiempo que es un "kairós" de Dios. La Iglesia nos urge a no romper con esa "etiqueta" de la sinodalidad². Quizás hay que aprender a recrear las distancias para que todo el Pueblo de Dios se vea involucrado y sea protagonista de este proceso tan necesario y provocador. Este camino compartido en escucha del *Espíritu de verdad* (Jn 14, 17) para conocer lo que Él *dice a las Iglesias* (Ap 2,7).

Con el "jersey de la comunión, participación y misión"

La eficacia de lo que se ha vivido en nuestra Diócesis con el Sínodo y con lo que el Papa Francisco nos invita a vivir con el Sínodo de la Sinodalidad dependerá en gran medida de la capacidad de amplificar la escucha y acoger lo incómodo, lo discordante, aquello que cuestiona y descoloca. En la medida en que la comunidad eclesial aumente el volumen de sus auriculares para escuchar y acoger, incluso a aquellos que tantas veces pasan desapercibidos o son anónimos, aquellos que no tenemos en cuenta y son el *santo Pueblo de Dios silencioso* y que en nuestra realidad social y diocesana son la gran mayoría (ancianos, enfermos, familias con múltiples y variadas dificultades, divorciados, colectivos despreciados y marginados de forma efectiva y en nuestro imaginarios, migrantes, mundo rural, mujeres explotadas, jóvenes...). Este cambio de perspectiva será posible valorando los dones propios de cada vocación y las capacidades de cada persona. Solo desde el reconocimiento de la diversidad a través de una participación afectiva y efectiva se puede romper con dinámicas tan nocivas como el clericalismo o el inmovilismo. Promo-

1 Cabe recordar la regla de oro del Obispo de Cartago San Cipriano *tomar consejo del presbiterio y construir consenso* con el pueblo fueron experiencias fundamentales a lo largo de su ministerio episcopal para mantener la comunión en la Iglesia.

2 Es en este horizonte eclesial inspirado en el principio de la participación de todos en la vida de la Iglesia donde San Juan Crisóstomo podrá manifestar: *Sínodo es nombre de Iglesia*.

ver canales de participación como los consejos pastorales o las asambleas parroquiales pueden ser un buen punto de partida para ir cambiando las inercias que tan dañinas son. Urge promover una auténtica conversión personal que pasa por apostar por la formación para todos y cada uno de quienes conforman la familia eclesial y así aprendamos a vivir, sentir, pensar y actuar en clave de comunidad, de confianza mutua en el servicio de vida y en la misión compartida. Solo con laicos preparados, con mujeres reconocidas en su dignidad, con obispos, consagrados y presbíteros abiertos a una verdadera corresponsabilidad se pueden poner los pilares de una Iglesia sinodal. La sinodalidad en esta diócesis y en toda la Iglesia no se construye de un día para otro, pero tampoco se puede demorar su puesta en marcha a un mañana perezoso que veremos si llegará³.



Con el Sínodo diocesano se ha abierto un camino que no tiene marcha atrás y más con el impulso que nos da el Papa Francisco en este camino sinodal que debemos seguir profundizando respondiendo así a esa llamada de superar actitudes y prácticas centralizadoras, clericales, patriarcales, sexistas escuchando al Santo Espíritu (*Adsumus, Sancte Spiritus*) y remontar paradigmas pasados. ¿Cómo podemos hacer de este proceso una dinámica realmente espiritual y no meramente estratégica o de imagen? Es necesario y esperanzador. Y como dice Cristina Inogés, teóloga de la Comisión Metodológica del Sínodo de los Obispos, *como siga primando el “yo” sobre el “nosotros”, la Iglesia de los ordenados sobre la de los bautizados habrá que ir pensando en quién apaga la luz*. Necesitamos un cambio. Se trata de aprender a ser Iglesia de otra manera, no a ser otra Iglesia. Se trata de *caminar juntos en la esperanza que nos viene del Señor para acompañar y servir a los hermanos* (Objetivo curso pastoral diocesano 2021/22). No caigamos en la versión sinodal del “gatopardismo” (cambiar todo para que nada cambie) que es *llenar todo de la palabra sinodal para que lo sinodal no entre en nada*. Vayamos dando pequeños pasos, pero siempre con valentía y pasión, sin miedos.

Con flexibilidad, implicación y pasión

Será necesario dar un suave masaje a nuestras “cervicales eclesiales”: con frecuencia las tenemos anquilosadas, no giran convenientemente y no nos permiten ver lo que ocurre a nuestra derecha o a nuestra izquierda. “Cervicales” con flexibilidad para mirar en todo momento en dirección a la Palabra y al Pueblo que debemos servir con generosidad y valentía. Juntos. Tendremos que seguir con movimientos giratorios de los hombros para desbloquearlos de prejuicios e intereses banales para poder llevar juntos las cargas de los hermanos, especialmente de los más vulnerables y olvidados. Las “piernas y los pies eclesiales” necesitan también ejercicios de flexibilidad que nos permitan caminar al paso de los otros o detenernos si hay que prestar ayuda a quien queda detrás o al borde del camino por cansancio o desánimo. Los ejercicios aeróbicos son ideales para mantener activo el corazón, ese corazón de la comunidad cristiana que debe ir al ritmo del Espíritu Divino; esos ejercicios que impidan los peligrosos “coágulos” que paralizan y son síntoma de graves dolencias: rencor, envidias, tirrias varias, cotilleos, etiquetas, juicios etc; “coágulos” que amenazan con detener la circulación de nuestro flujo vital, la del Reino de Dios.



³ San Agustín describía como *concordissima fidei conspiratio* (como el acuerdo en la fe de todos los bautizados) esa manera de actuar para fomentar la comunión eclesial.

El Sínodo de los Obispos 2023: un Sínodo sobre la sinodalidad

D. Álvaro Fernández Fidalgo

El Sínodo de los Obispos, en su XVI Asamblea General Ordinaria (2023), cuenta por primera vez en la historia con una fase diocesana. Sabiendo que «la totalidad de los fieles [...] no puede equivocarse cuando cree» (LG 12), hemos acogido el deseo del Santo Padre y, puestos a la escucha del Espíritu, estamos considerando sinodalmente los temas propuestos por la Santa Sede. «El objetivo de la primera fase del camino sinodal es favorecer un amplio proceso de consulta para recoger la riqueza de **las experiencias de sinodalidad vividas**, con sus diferentes articulaciones y matices, implicando a los pastores y a los fieles de las Iglesias particulares en todos los diversos niveles» (*Doc. prep.* n. 31).



Conocemos los diez temas objeto de nuestro camino sinodal. Ahora es momento de recordar el fruto que debemos producir (*Doc. prep.* n. 32): diez páginas que respondan a las siguientes cuestiones:

- En términos del proceso de consulta: ¿Cuáles fueron los principales pasos tomados en la Diócesis? ¿Cuáles fueron las principales preguntas? ¿Qué se hizo para implicar a los más participantes posibles y para llegar a las periferias? Aproximadamente, ¿qué proporción de gente en la Diócesis participó de una manera o de otra? ¿Hubo algún grupo cuya participación fuese especialmente notoria? ¿Hubo grupos específicos que no participaron por alguna razón?
- ¿Qué fue más significativo acerca de toda la experiencia de consulta? ¿Cuáles fueron los puntos álgidos y bajos, o de consolaciones y desolaciones? ¿Qué disposiciones, actitudes o sentimientos fueron notables? ¿Qué tensiones o desacuerdos emergieron del proceso de escucha? Sobre todo, ¿cuáles fueron los frutos que el Espíritu Santo ha traído a través de esta experiencia?
- De entre el *feedback* de los encuentros locales, ¿qué fue particularmente significativo, sorprendente o inesperado? ¿Qué nuevas perspectivas o nuevos horizontes se abrieron? ¿Qué historias particulares o experiencias reales fueron especialmente motivadoras y por qué? ¿Qué puntos de vista parecen tener una resonancia fuerte? ¿Qué puntos de vista fueron mencionados menos, pero son interesantes y notables?
- Sobre todo, ¿qué ha inspirado el Espíritu Santo a la comunidad para ver respecto la actual realidad sinodal en la iglesia local, incluyendo las actuales luces y sombras? ¿Qué tuvieron que decir los participantes sobre las áreas donde la Iglesia está necesitada de sanación y conversión, en su vida espiritual, cultura, actitudes, estructuras, prácticas pastorales, relaciones y alcance misionero?
- ¿En qué modos está el Espíritu Santo invitando a la iglesia local a crecer en sinodalidad? ¿Qué sueños, deseos y aspiraciones para la Iglesia fueron expresados por los participantes? Basados en su *feedback*, ¿qué pasos la diócesis se siente llamada a tomar para llegar a ser más sinodal? ¿Cuáles son los próximos pasos hacia delante para nuestra diócesis en el camino de la sinodalidad, en comunión con toda la Iglesia?

- ¿Qué imagen(es) articula(n) nuestra experiencia sinodal?

Sería ideal que nuestras aportaciones tuviesen en consideración esos elementos que nuestra Diócesis deberá reflejar en el Documento síntesis que enviaremos a la Conferencia Episcopal. Por otro lado, nos hará bien recordar (etimológicamente, volver a pasar por el corazón) dos cuestiones muy importantes en cualquier itinerario sinodal:

- «La meta es el camino». Este aforismo, habitual entre quienes peregrinan a Santiago, nos recuerda que la sinodalidad tiene más de proceso que de resultado. Encontrarnos, escucharnos, compartir, intercambiar, acoger,...es tan importante o más que cualquier conclusión a la que podamos llegar. Bueno sería, y el Sínodo de los Obispos nos invita a ello, que nos parásemos a considerar el proceso vivido, más allá de sus estadísticas o resultados. Yo, ¿cómo he vivido el camino sinodal?, ¿cómo puedo *seguir viviendo sinodalmente*? Cuando le preguntaron a Madre Teresa qué cambiaría de la Iglesia para que mejorase respondió: a mí misma. Sé el cambio que te gustaría ver en la Iglesia: sé sinodal.
- El camino sinodal no acaba. En nuestro camino sinodal irán saliendo sombras y luces, debilidades y fortalezas; pero, sobre todo, buenos propósitos. Al final de la fase diocesana no se acaba nuestra tarea sinodal. La Asamblea del Sínodo de los Obispos se celebrará en octubre de 2023. Hasta entonces debemos estar pendientes de los distintos documentos que aparecerán al respecto, debemos seguir rezando por los frutos del Sínodo universal y, en el caso de nuestra Diócesis, debemos esforzarnos en implementar nuestro Sínodo particular. La reflexión sin acción es una semilla estéril.

Adsumus, sancte spiritus

Estamos ante ti, Espíritu Santo, reunidos en tu nombre.

Tú que eres nuestro verdadero consejero:

ven a nosotros, apóyanos, entra en nuestros corazones.

Enséñanos el camino, muéstranos cómo alcanzar la meta.

Impide que perdamos el rumbo como personas débiles y pecadoras.

No permitas que la ignorancia nos lleve por falsos caminos.

Concédenos el don del discernimiento,

para que no dejemos que nuestras acciones

se guíen por prejuicios y falsas consideraciones.

Condúcenos a la unidad en ti,

para que no nos desviemos del camino de la verdad y la justicia,

sino que en nuestro peregrinaje terrenal nos esforcemos por alcanzar la vida eterna.

Esto te lo pedimos a ti, que obras en todo tiempo y lugar,

en comunión con el Padre y el Hijo por los siglos de los siglos. Amén.

Página web oficial del Sínodo de los Obispos: www.synod.va/es.html

Promemoria

5 marzo: Clausura en el Seminario Mayor.

11:00: Reunión presinodal en la que se presentará la Síntesis de la fase diocesana.

12:00: Celebración de la Eucaristía de acción de gracias por los frutos de la fase diocesana del Sínodo de los Obispos presidida por el Sr. Obispo.



ADVIENTO